

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiam partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

JUBILEO PONTIFICIO.

OPRENDAS A PÍO IX.

Suma anterior.	29 355-50
D. José Antonio Brandao Piñero, médico, que como católico, apostólico, romano, desea con su esposa y familia, el pronto triunfo del catolicismo.	30
D. José Benito y doña María de las Mercedes Brandao Domínguez.	4
Ramona Pallares, sirvienta.	20
D. José María Barbero, Hervás.	6
D. J. Julian Gargallo, Santander.	20
D. Mateo Beltrán, Sotomayor.	6
D. Clemente García Obeso, Párroco de Bascones de Valdivia.	12
D. Isidro Toribio, por sí y su familia, de id.	8
Doña Bartolomea García y sus hijos, de id.	8
D. Tomás Leon Gonzalez, Grijota.	2
D. Juan Fernandez Gordo, Iruela.	16
D. José Garrido, Zarzuela.	10
El Párroco y algunos feligreses de Calasaleña, como prueba de cariño hacia su bendito Padre, que también lo es de sus carceleros.	100
D. Eustaquio Corral, La Haya.	10
D. Gregorio Herrero, católico, apostólico, romano, de Rute, provincia de Córdoba.	20
Doña Dolores Ruiz, su esposa, id. id. id.	20
D. Juan Herrero, su hijo, id. id. id.	20
Doña Juana Mata Herrero, id. id. id.	20
Doña María de los Reyesnuevos, id. id. id.	20
Doña Mariana Herrero, id. id. id.	20
D. Juan Herrero, id. id. id.	40
D. Sebastian Padilla, id. id. id.	30
D. F. S. A., suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, católico, apostólico, romano.	50
D. F. P. F.	313-75
D. Eusebio Alonso de Vega y su señora doña Benita Villazán de Alonso, Tor-desillas.	20
D. Carlos Lopez Vizo, Agudelo.	20
D. Apolinar del Castillo, Cura párroco de Aguasal.	6
D. M. M. E. de los M.	40
Un católico, apostólico, romano, de Te-ruel.	100
J. M. P.	4
D. Mariano Canardo, católico, apostóli-co, romano, por sí y su familia, Sos, provincia de Zaragoza.	100
D. Manuel Villacampa, de id.	4
M. Y. S. P.	20
M. Y. G. P.	20
D. Nícomedes Rufas, Párroco de Sos, provincia de Zaragoza.	28
Un Sacerdote de Tudela, Navarra.	48
Un navarro entusiasta del Sumo Pontifi-co.	80
Un católico del Valle de Toranzo.	12
D. J. José Lagüe, Presbítero, Daroca.	12
D. Fermín Velez, Tirgo (no se recibió la primera ofrenda).	18
D. J. M., excofratado de Madrid.	10
D. Benigno Perez.	10
D. Estanislao Sanchez Fernandez, Tor-desillas.	20
D. Tomás Manero y Rianjo, Párroco de Navarretia.	10
D. José Joaquín Ocampo, Párroco de Carrasclojo.	10
D. C. M., suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.	4
D. P. P. M.	4
D. Pablo Reglado, Párroco de Pasaron.	40
D. M. O. C.	40
D. José Gonzalez, Presbítero.	40
D. Juan de la Cruz Escudero, Presbí-tero.	20
Doña María Cruz Marcella.	20
D. Fructuoso Marcella.	10
D. Patricio Palacio.	100
D. Cayetano Perez.	40
Un admirador de las virtudes de Pío IX, Córdoba.	20
D. Valentín Gonzalez Caria, Párroco de Henesta de Rey.	20
D. Juan Villaverde, maestro de instruc-cion primaria de Lagaña.	4
D. José Barreiro, Párroco de Santa Ma-ria de Brion.	48
Un Párroco del arzobispado de Toledo.	24
D. F. Guirarte, católico, apostólico, ro-mano.	20
P. P. de Guirarte, id.	20
M. G. y Perez.	40
Dos Sacerdotes, suscritores de EL PEN-SAMIENTO ESPAÑOL, y sus familias.	40
TOTAL.	31,243-25

(Sigue abierta la suscripción hasta el 31 de Mayo.)

CÓRTEES.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 26 de Mayo de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÓZAGA.

Abierta á las dos, fué aprobada el acta de la anterior.

El señor ministro de Marina leyó el proyecto de ley fijando las fuerzas navales para el año económico de 1871 á 1872.

El Sr. Moreno Nieto apoyó una proposición sobre repartimiento de dehesas boyales, que el Congreso tomó en consideración.

El Sr. CRUZADA VILLAMIL apoyó otra para que se exceptuase de la venta la fábrica de tapices, en lo cual poco ó nada pierde la Hacienda y gana mucho el arte. El Congreso la tomó en consideración.

ÓRDEN DEL DÍA.

Reforma del reglamento.

Continuando esta discusión, dijo en apoyo de su enmienda

El Sr. ALVAREZ BUGALLAL: Debo antes de em-penar hacer una declaración: conformes todos los firmantes de la enmienda con lo que en ella se pro-pone, y habiendo yo de apoyarla, no quisiera que mis razonamientos comprometiesen más responsa-bilidad que la mía. Propóngome, sin embargo, ex-poner la idea común, las opiniones que comparti-mos los firmantes todos.

Las cuestiones de reglamento son en el órden par-lamentario lo que las reformas constitucionales: no pueden intentarse sino por medios de conciliación y de concordia. Cuando se intenta una reforma cons-titucional ó reglamentaria sin una transacción previa de los partidos, se hace política de exterminio, no de armonía; cuando por medio de concanaus se llega á alcanzar el poder, y se trata á todo tran-ce de imponer una opinión determinada, sucede el fenómeno tristísimo á que hemos asistido en estos días. ¿Os satisfacen las hazañas que habéis consuma-do en perjuicio de las minorías, que en su mayor parte están ausentes? ¿Habéis hecho una revolución para dar mayor libertad política, ó para establecer el mutismo de la tribuna?

Es de advertir, señores, que uno de los males que engendran las revoluciones, es depositar en los espí-ritus no sé qué germen de indisciplina que lleva á no creer nada estable; de modo que en el órden po-lítico, como en el administrativo, hay siempre una incógnita, y yo debo protestar contra esta predispo-sición en los espíritus con vuestra propia legiti-midad. ¿Qué establece vuestra Constitución en punto á reformas? Para monárquicos sinceros como somos nosotros, para quienes la monarquía esta siempre fuera de discusión, es doloroso tener que investigar si hay en la Constitución medios de alterarla y de sustituirla, ya con el régimen republicano, ya con el absoluto.

Ya en otra ocasión se autorizaron por medio de una proposición incidental seis leyes importantes, y en aquellas Cortes, menos apasionadas, produjo la lectura de la proposición encaminada á este objeto, y su conato de apoyo, porque no pasó de conato, produjo, digo, una tempestad; hubo que tomarla en consideración sin oír al orador, dándose lugar des-pués á un debate que produjo la ausencia de las mi-norías de estos bancos. Vease cómo las reformas re-glamentarias son de suyo apasionadas, porque á las minorías no se las puede privar en estos Cuerpos del único elemento con que cuentan, que es la discus-ion, por cuyo medio pueden llegar á ganarse la opi-nión y á convertirse en mayorías. Sancionad vos-otros otro principio, y ya veréis cómo el porvenir se encarga de sacar las consecuencias.

Para desenvolver ahora mis argumentos en la es-fera de la doctrina, necesito leer el art. 110 de la Constitución, que dice así: *(La ley)*.

Puede, pues, intentarse la reforma del art. 33 sin que se necesite hacerlo por medio de una ley, por-que la Constitución dice que basta un acuerdo. No censuro la Constitución, porque sé que cerrará la puerta á toda reforma seria también un mal peli-groso; pero si quiero, y yo así lo hubiera procurado; y aun lo dije en su día, que no quedara al descu-bierto la forma de Gobierno. Ello es, empero, que la Constitución establece que el rey disuelva el Con-greso y el Senado en cuanto se acuerde por las Cor-tes la reforma de uno ó varios artículos constitucio-nales. Aquí ha quedado un germen revolucionario, una teoría según la cual el poder constituyente es anterior y superior al rey.

En las Constituyentes, al tiempo que formulá-bamos esas protestas contra el Código, formulámos otra contra el art. 110 y todo el título 11 de la Con-stitución. Yo, que le combatí, no me ocupé del artí-culo 33, fijándome solo en poner á cubierto la forma de Gobierno. Entonces tuve la honra de manifestar á los señores diputados, que puesto que trataban de coronar el edificio con un rey de su elección, le otorgasen todas las facilidades posibles para hacer las reformas que considerase convenientes. Quería traer al rey á la reforma constitucional y no consi-derarle fuera de ella, como se hace en el artículo 110 de la Constitución; quería poner en sus manos la iniciativa de la reforma. Este es, por más que nos duela, el derecho constituido.

Veamos ahora el Código de procedimientos parla-mentarios, el reglamento. ¿Es verdad, como aquí se ha dicho, que había falta de legislación y que era menester crearla? Es evidente que por grande que sea la necesidad de robustecer las instituciones que se encuentran desamparadas, el reglamento de 54, como el de 47, contienen el procedimiento regla-mentario para intentar cualquier reforma en la Constitución.

No tengo en esto ninguna pasión, y en prueba de ello diré que en mi sentir la mayoría ha pensado que se iban á crear precedentes funestos; que era fuerte cosa discutir todos los días la forma de Go-bierno, y para evitarlo ha provocado un acuerdo que nos libre por el momento de esto, pero sin dar-le el carácter de ley. Pues bien; esta clase de golpes de Estado no puede emplearse sin grandes motivos de interés público, y son la peor clase de golpes de Estado.

Los golpes de Estado no se disculpan jamás sino cuando se someten á la soberanía de la razón; cuan-do no hay dentro de las leyes medios de obtener el fin que se ofrece como indispensable, y cuando son efímeras para ese fin, y cuando son únicas, es decir, que no pueden fácilmente reproducirse, ni engendrar fácilmente el plural. De otro modo estos abusos de la fuerza debilitan profundamente á los poderes que los cometen.

Cuando concertadas las voluntades se verifica una transformación que asegura un órden legal y res-petable, pueden disculparse al géneo esta clase de medidas; pero ni los géneos nacen todos los días, ni una serie de abusos y trasgresiones sin objeto pueden compararse con esos golpes de Estado de que ha-blo, golpes de Estado que no pueden reproducirse fácilmente.

Bueno es, señores, que sepamos á qué atenarnos; bueno es que sepamos si el Gobierno pone cátedra de violación de las leyes, si su constante recurso consiste en la trasgresión de las leyes.

El Sr. PASARON Y LASTRA: No esperaba yo un discurso tan largo del Sr. Bugallal para sostener su enmienda. Naturalmente mi contestación ha de ser más larga que la que pensaba.

Cuatro puntos contiene el discurso de S. S.: el que se refiere á la monarquía, el referente á la pro-posición Becerra, el relativo al dictamen de la comi-sión, y por último, el que concierne á las doctrinas en que está basado el art. 110 de la Constitución.

Ni sobre este último, ni sobre la proposición del Sr. Becerra, he de decir nada, porque pertenecen á la historia y no son de la cuestión; pero hablaré de los otros dos.

Grandes alardes de monarquismo ha hecho el señor Bugallal, y en efecto S. S. no puede ser sospe-choso en este punto; pero ninguna proposición ha podido venir aquí que más lastime el art. 33 de la Constitución, que la enmienda que ha presentado S. S. Solamente, dice, necesitarán el pase de la ma-yoría de las secciones las proposiciones que ataquen el art. 33; pero S. S. deja al descubierto todos los demás artículos: de modo que un día puede preten-derse la abolición de las prerrogativas del monarca, otro día la del derecho hereditario, y así ir de en día desandando á la monarquía de sus atributos, para dejarla como una flor que se pone en un vaso para que todos la vayan deshojando.

Yo bien sé que en la masa honrada, pacífica y li-beral de este país no encontrarían eco esas predica-ciones. No tememos que la oposición, que se ha de-clorado amiga y correligionaria de la *Commune* de París, haya de tener proselitismo en la nación espa-ñola. Pero la mayoría, mientras más fuerte, violenta y exagerada ha visto á la oposición, más se ha unido y más se unirá en adelante. No está sola esa mayo-ría: la guarda esa masa inmensa del país que ama la paz, porque sabe que no hay hoy más salvación que sostener la legalidad creada.

El Sr. BUGALLAL: Dice S. S. que la mayoría está compacta y unida, y la masa del país desoye las pre-dicaciones de las minorías. Pues bien, ¿para qué la proposición del Sr. Becerra? ¿Para qué la reforma del reglamento?

Consultado el Congreso, fué desechada la enmien-da en votación nominal por 110 votos contra 13. Se leyó la siguiente

Enmienda del señor marqués de Sofraga.

«Pedimos al Congreso que la adición propuesta al art. 56 del reglamento se sustituya con la siguiente: «Las proposiciones que tengan por objeto la refor-ma constitucional, en nada se diferencian de las otras que trata el reglamento, y todas seguirán el mismo trámite.»

El señor marqués de SOFRAGA: No temas que entretenga mucho vuestra atención. En vista de la conducta que se ha propuesto observar la mayoría, y habiendo de tomar parte eminentes oradores en este debate, ellos demostrarán que la comisión no ha sido consecuente con los principios políticos que sus individuos han proclamado.

El Sr. HERRERO: La enmienda de S. S. es exac-tamente el voto particular del Sr. Prefumo; y des-echado este, no puede menos de desecharse esa en-mienda.

Sin más discusión fué desechada la del señor mar-qués de Sofraga.

Se leyó la siguiente

Enmienda del Sr. Rojo y Salvador.

«Los diputados que suscriben suplican al Con-greso se sirva aceptar la siguiente enmienda al dictá-men de la mayoría de la comisión sobre reforma del reglamento:

«El párrafo añadido se redactará en la forma si-guiente: «Se exceptúan las proposiciones que tengan por objeto obligar al Gobierno á que pague por igual á todas las clases del Estado, las cuales no deberán ser autorizadas por las secciones.»

Consultado el Congreso, no se tomó en considera-ción esta enmienda.

Se leyó la siguiente

Enmienda del Sr. Sicars.

«Los diputados que suscriben suplican al Con-greso se sirva admitir la siguiente enmienda al dictá-men de la mayoría de la comisión sobre reforma del reglamento:

«La adición deberá redactarse en la forma si-guiente:

«Se exceptúan las proposiciones que tengan por objeto evitar que las obligaciones del Estado no se paguen por igual en todas las poblaciones de Es-paña.»

Consultado el Congreso sobre esta enmienda, no fué tomada en consideración.

Se leyó la siguiente

Enmienda del Sr. Ochoa.

«Los diputados que suscriben ruegan al Con-greso se sirva admitir la enmienda siguiente al dictá-men de la mayoría de la comisión sobre reforma del reglamento.

«Se discutirán, no obstante, sin necesidad de au-torización de las secciones, las proposiciones cuyo objeto sea reformar el art. 74 en su párrafo sé-timo.»

Consultado el Congreso no se tomó en considera-ción.

Abierta discusión sobre el dictámen de la mayo-ría, dijo

El Sr. TRELLES: Señores diputados: al combatir el dictámen de la mayoría de la comisión de regla-mento, no puedo menos de recordar al Congreso las ideas de la enmienda que presenté á este dictá-men. En su preámbulo parece que entiende la co-misión que tuvo el carácter de permanente, y se funda en el artículo adicional que disponía que se nombrase una comisión con tal carácter para prepa-rar un reglamento. Esta permanencia ha interpre-tado la comisión como un precepto para que en ca-da legislatura se nombrase una comisión de ese espe-cie. Yo creo que ese artículo no tenía más objeto sino el de que la comisión reformase por de pronto el que había, y preparase un proyecto de reglamen-to completo.

Yo creo, pues, que la comisión actual ha recibido el encargo de presentar una reforma total si lo cree necesario; pero no el de constituirse en permanen-cia para presentar una reforma hoy y mañana otra, según lo tenga por oportuno. Las Cortes actuales no son constituyentes, y no necesitan sino un reglamen-to definitivo, dentro siempre de la Constitución y de las leyes orgánicas que son su complemento. Es, pues, el caso de determinar en qué período estamos. Si la comisión se cree permanente, yo creo que ese carácter de permanente contradice ciertos artículos de la Constitución y aun del reglamento, que cuando habla de las comisiones permanentes no cita entre ellas esta comisión.

Esta, que parece una cuestión pequeña, es grave, porque ó no lo entiendo bien, ó es contradictorio una cámara constituida con un reglamento movi-zo. No están, pues, en condiciones legales el dictá-men ni la comisión: la comisión no lo está, porque se declara permanente; y el dictámen tampoco, por-que debía venir aquí un reglamento completo, y no viene sino la reforma de un artículo.

Esto merece la pena de que oigamos alguna ex-plicación de los señores de la comisión. Si mis ideas son exactas, cabe aquí una resolución para que este dictámen vuelva á la comisión, á fin de que com-plete sus ideas y traiga un todo armónico sobre esta ley importantísima. En este caso el dictámen no es discutible porque no lo es una fracción infinitési-ma de reforma, cuando la comisión recibió el en-cargo de presentarla entera.

Viéndolo al examen del tercer párrafo del preá-mbulo de la comisión, yo no puedo estar conforme, en la hipótesis en que vengo descurriendo, tomando el papel de fraccionario representante de la sobera-nia que habéis creado, no puedo, digo, convenir en que los procedimientos reglamentarios no ataquen la iniciativa del diputado.

Señores, la iniciativa no tiene ningún límite. Creer que pueda encerrarse en un procedimiento regla-mentario la iniciativa del diputado, es un error, es un contra-principio democrático. Si se trata de una Constitución democrática y de una soberanía inman-te y permanente en la nación; si el mandato es tan libre é indefinido como lo es la voluntad huma-na, ¿cómo se concibe que un artículo del reglamen-

to pueda cohibir aquello que es supraconstitucional, ilimitado é ilimitable? No puede ser; diríase que érais democratas de palabra y conservadores de obra; que predicáis los derechos sin límites y luego pensáis aplicar las doctrinas conservadoras.

Señores, si creéis lo uno, ¿por qué predicáis lo otro? ¿A quién queréis poner límite? ¿Al delegado de la soberanía? Pues la soberanía, residenciada en la na-ción, no puede ser limitada, porque no sería sobera-nia si tuviese límites.

Los que nos sentamos en estos bancos no somos enemigos en este sentido de la mayoría: al contra-rio, la excitamos á que cumpla su programa. Si tra-táis de cohibir la libertad, no sois vosotros los llama-dos á eso.

No hay que perder de vista que estamos bajo el imperio de una Constitución democrática: que no hay más soberano que uno, la nación (art. 32); que no hay más que una persona que ejercite la sobera-nia, el diputado (art. 40); que no se puede limitar la acción del diputado sino por el mandato de sus comitentes. Esta es la teoría democrática.

Yo invito á los señores de la comisión á que me digan de qué principio de los consignados en la Constitución se deriva la limitación reglamentaria de la iniciativa de diputado. Yo no encuentro nin-gún artículo que pueda convenir á semejante refor-ma. Señores, ¿por qué hemos de decir de las edades pasadas: «era una edad oscurantista en que el pen-samiento humano estaba cohibido.» y ahora que te-nemos la ocasión no hemos de experimentar esa be-lleza de la libertad absoluta para el bien y para el mal en todas sus manifestaciones?

Me diréis: eso no es practicable. ¿Ah señores! si no es practicable, perdemos el pleito, porque en vano será una cosa buena y admirable si no se puede aplicar. Seamos lógicos: ejerzamos todos esa noble facultad de la soberanía, porque es muy hermoso eso de ser soberanos en todo y decir: «Nos estorba la ley? Pues la revocamos.» Nos estorba la Consti-tución? Pues la hacemos otra. Veamos lo que es en la práctica esto de la soberanía absoluta, ilimitable, divina.

En la teología democrática, este derecho del di-putado es más bien un deber; es el cumplimiento de un mandato, y por eso nosotros defendemos la integridad de nuestro derecho. Yo os acuso, señores de la comisión, de lesa majestad, de la soberanía na-cional en vuestros esfuerzos para limitar los dere-chos del único delegado de esa soberanía. ¿Qué se diría de una Constitución que impidiera reformarse, y de un reglamento que permitiera la reforma? Pues, señores, ¿podemos crear estorbos al ejercicio del de-recho de reforma, cuando ese derecho no está limi-tado en la Constitución misma?

Señores, que entre 300 diputados se necesite la aquiescencia de la mayoría para hacer la oposición, no lo entiendo. No se necesitaba para completar es-te sistema oligárquico más que una cosa: la sofisti-cación del sistema electoral. Se ganen las elecciones; se aprueban las actas de la mayoría; no se admite á discusión sino lo que la mayoría consiente, y enton-ces los que somos de la minoría nos podemos ahor-rar el viaje.

Decid, señores, más bien que queréis quitar á la situación el título de democrática; que queréis dejar á este soberano una soberanía honoraria, pero no reinante. Los señores de la mayoría que se llaman radicales, saben que la soberanía nacional se ejerce por delegación, y que el delegado lo puede todo, menos una cosa, y es volverse contra el mandante. Decir «yo soy delegado del soberano, y en virtud de esa delegación he venido en privar de la sobera-nia», es un absurdo; es una cosa que no puede ha-cerse. Si no es así, no entiendo esta teología.

Dice la comisión: es que no ha existido hasta aho-ra una Constitución reformable. Es decir que oculto entre los pliegues de la Constitución viene el prin-cipio de este procedimiento reglamentario, y la comi-sión lo desarrolla matando la iniciativa de los dele-gados del soberano, y por consiguiente el sufragio universal y la soberanía.

Dijo quien sabe más que todos nosotros, que por las obras se conocen los obreros. Pues bien, señores, vosotros sois pariajidos; vais á poner la mano sa-grilega sobre el arca santa de vuestros privilegios, de los que han dado origen á vuestro poder.

Señores, cuando no se cumplen los principios, re-sulta siempre una reacción. ¿Por qué no tener el valor, ó de profesar la verdad ó de ejecutar el error? Yo he leído con admiración la obra de una persona que ha dicho valerosamente la verdad so-bre los derechos individuales; pero con dolor le veo entre los que votan con la comisión.

Decís que no es posible que lleven los mismos trámites proposiciones para variar la ley fundamen-tal que las que tienen por objeto variar una ley cualquiera.

Esto está muy bien dicho; pero ¿por qué no os acordáis de decirlo al redactor del art. 110? O eso es una censura de ese artículo, ó es solo una frase conservadora que se ha escapado de los labios de al-guno de vuestros compañeros, procedente de otro campo. Todo esto que decís aquí en este preámbulo, está muy bueno para unas Cortes Constituyentes; pero si habéis hecho una Constitución democrática, ¿por qué no cumplirla?

Las condiciones características del diputado son la iniciativa, la inviolabilidad y la censura, condi-ciones que tienen su desarrollo é interpretación auténtica en la Constitución. La inviolabilidad es relativa, lo mismo en el diputado que en el rey. La persona del rey es sagrada é inviolable, dice la Constitución. Pero inviolabilidad no quiere decir in-culpabilidad ni inamovilidad; al contrario esta inamovilidad está sometida á la soberanía nacional y al derecho absoluto de reforma establecido en el ar-tículo 110.

Hay, pues, una inviolabilidad relativa. En un Es-tado democrático, el primer magistrado electivo es amovible reformando la Constitución. ¿Y cómo se puede llegar á esa reforma? Por la iniciativa libre y absoluta del diputado. Art. 40: «Los senadores y di-putados representan á toda la nación.»

Hay quien dice que esta representación no es soli-daria. Es un error; la iniciativa es de todos y de cada uno, la inviolabilidad y la representación son también individuales y colectivas. Y cuanto más importante es el carácter de representante, tanto mayor es la lesión de su derecho, que sufre con la limitación establecida en el dictámen.

Voy á concluir. Decía el Sr. Bugallal, persona muy entendida, que aceptaría la reforma en lo que se refiere solo al art. 33. Lo que haría el señor preopin-ante era llevar esta reforma al terreno de sus es-peciales principios; pero es imposible sostenerlo bajo el régimen democrático.

Creo, pues, que no se puede aprobar el dictámen, porque sería reformar la Constitución y atacar á la soberanía nacional.

El señor PRESIDENTE: Se suspende esta discus-ion. Orden del día para mañana: Interpelaciones, preguntas y demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión. Eran las siete.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRAFICOS

(De la Gaceta de hoy.)

VERSALLES, 26 (á las dos y diez minutos de la tarde; Madrid id., á las siete y quince minutos de la tarde).—El encargado de Negocios de España al se-ñor ministro de Estado:

«Se ha salvado del incendio en el ministerio de Hacienda el Gran Libro de la Deuda pública. Se cal-culan en 20,000 los insurrectos que aun luchan en París, y se toman precauciones para que no logre fugarse ninguno. Se han mandado cerrar los traga-luces de los sótanos para evitar que se eche petróleo por ellos, en cuya ocupación han sorprendido á mu-chas mujeres. Siguen algunos incendios, producidos por las bombas con petróleo que tiran los insurrec-tos. Se cree que el señor Arzobispo de París se ha salvado.»

VERSALLES, 26 (á las seis y cuarenta minutos de la tarde; Madrid id., á las diez y diez seis minutos de la noche).—El encargado de Negocios de España al señor ministro de Estado:

«En la sesión de hoy el ministro de la Guerra ha dicho que las tropas eran dueñas en París de la parte izquierda del Sena y de los boulevares; que los insur-rectos solo ocupaban á Belleville, La Villette y La Chapelle, en cuyos puntos serían atacados mañana de una manera decisiva. El ministro del Interior anunció que los insurrectos habían fusilado á gen-darmes y á otras personas que tenían en rehenes, entre ellas á M. Chaudet, redactor de *El Siglo*. Viendo la profunda sensación que esto había causa-do en la Asamblea, el ministro dijo que no había reci-bido la noticia oficialmente.

Participó además que el lord maire de Londres había ofrecido y enviado bombas y bomberos para apagar los incendios de París, y que Bélgica había dispuesto el envío de las bombas de vapor de Am-bres con los correspondientes operarios. La proposi-ción de reconstruir la casa de M. Thiers ha sido adoptada por unanimidad.

El ministro de Justicia leyó un proyecto de ley concediendo al jefe del Poder ejecutivo el derecho de indulto; le declaró urgente y será examinado por una comisión de dos diputados.»

(De la Agencia Fabra.)

WASHINGTON, 25.—El Senado ha ratificado el tra-tado con Inglaterra por una gran mayoría.

Todas las enmiendas han sido desechadas.

VERSALLES, 26 (á las doce y diez minutos de la tarde).—Los insurrectos ocupaban aun esta mañana el barrio de Bercy, la plaza de la Bastilla y los barrios de Charonne, Belleville, Menilmontant y la Villette. Nuestras tropas se apoderaron ayer de la cárcel de Mazas y de las estaciones de los ferro-carriles de Lyon y Orleans.

Los rebeldes habían trasladado á la Roquette los prisioneros que tenían en rehenes en Mazas.

Esta mañana las tropas han atacado la plaza de la Bastilla.

Ayer noche, después de haberlo evacuado, los re-beldes volaron el fuerte de Issy.

VERSALLES, 26 (á las ocho y veinte la noche).—Asamblea nacional.—Se declara urgente el proyecto de ley disponiendo que el jefe del Poder ejecutivo no podrá ejercer el derecho de indulto sin el dictámen de una comisión especial de la Asamblea, nombrada al efecto, y solo en casos importantes.

Se declara también urgente un proyecto de ley del Sr. Picard restableciendo el timbre, la declara-ción previa y el depósito para la publicación de pe-riódicos políticos.

Se

La mayoría de las autoridades de provincia son aun coincidentemente simpáticas a la revolución demagógica.

En los puestos exteriores, en las embajadas y legaciones se ha colocado a los hombres de orden. En el interior continúa dominando el elemento republicano y socialista.

Esta es, hasta ahora, la obra de M. Thiers. La opinión pública, indignada, empieza a enojar aser de esta política ambigua.

Yo no diré más sobre ella; mi cometido está cumplido con apuntarla y con decirlo, que si este estado de cosas continúa, la guerra civil es inevitable.

Ahora puede entrar en la crónica del día.

No me es posible entrar en los minuciosos detalles de la víspera.

Dire solo que el hecho culminante del día, bajo el punto de vista militar, fue la toma de las alturas de Montmartre. Creíase allí una resistencia tremenda: el terreno se presta a la defensa; las alturas dominan todas las cercanías y la ciudad entera; calles tortuosas y estrechas conducen únicamente a la cúspide de esta montaña, que artillaban 200 piezas de marina de gran calibre.

Todo esto ha sido inútil.

Faltaban hombres para cubrir suficientemente el terreno y servir las baterías; faltaba dirección, y faltaba, sobre todo, resolución.

La montaña de Montmartre fue cercada por dos brigadas. La una, mandada por Ladmirault, la circunvaló por la parte exterior de las fortificaciones. La otra, conducida por Chinchamp, la atacó por un costado. La artillería era impotente contra estas fuerzas escalonadas y diseminadas en guerrilla. Las grandes cañones, poderosos a distancia contra masas compactas de edificios, son ineficaces contra alcances y contra líneas sin profundidad.

El pánico se apoderó de los insurrectos. Estos huyeron hacia el centro de la ciudad, y fueron a reforzar los combatientes que defendían la plaza de la Concordia, la de Vendôme, las Tullerías y el Hotel de Ville.

Tres mil cayeron prisioneros, y el material casi completo caía en poder de las tropas.

A la una de la tarde la bandera tricolor ondeaba sobre las alturas de Montmartre, cuna, capitolio y roca Tarpeya de la sublevación.

Pero la resistencia en el centro continuaba y continuaba.

No me es posible, lo repito, seguir sus episodios paso a paso; mas voy a dar un conjunto de detalles que dará una idea aproximada de la lucha.

Gran combate en la rue de Rennes contra una barricada armada de seis cañones y bien defendida. El cuerpo de Cisse y la ataca y se apodera de ella y de San Sulpicio al cabo de cinco horas de combate.

Toma de la alcaldía del octavo distrito por el comandante Lueze, que llega a ella a través de varias casas de la calle Aguesseau y del faubourg Saint-Honoré, cuyos tabiques y paredes derriba. M. Jany es instalado en la alcaldía, donde deja a M. Denormandie, su teniente, el 48 de Marzo, encargado del barrio y de la dirección general de los municipios parisienses.

Las tropas toman por la espalda desde esta posición varias barricadas.

Toma de la gran barricada de la Magdalena y boulevard Malesherbes por el coronel Thierry, que pierde una pierna en el combate. Numerosos muertos y heridos de una y otra parte; cuatrocientos prisioneros.

Prisión del gaitero Billiosay en una barricada vecina a la escuela militar. Este miembro de la *Commune* es fusilado a pesar de sus súplicas y desesperación.

Incendios múltiples en París: en la plaza de la Concordia arde parte del guarda-muebles de la corona.

Toma de la estación de mercancías del Norte.

El ministerio de la Marina está ocupado y defendido por un batallón de mujeres que ayudan al servicio de la batería que tira sobre el Cuerpo legislativo y el muelle. Todo está preparado para poner fuego al edificio en caso extremo. Desde el Cuerpo legislativo una batería tira sobre los jardines de las Tullerías y las barricadas que cierran el muelle. Estas posiciones están perfectamente fortificadas.

Anteayer se entraba y salía en París con facilidad. Desde ayer no se permite ni la entrada ni la salida, ni aun con pase.

En Passy se ha establecido el cuartel general de los milicianos nacionales que han permanecido fieles a la causa del orden, o que han desertado de la insurrección cuando la han visto perdida. [Desde allí se reorganiza y se arma de nuevo la Milicia nacional, ese elemento perenne de desorden.]

Seis batallones han sido ayer reorganizados, gracias a este colosal error.

La prefectura del Sena se instala provisionalmente en Passy.

Dombrowski, después de su fuga de la Muelle fue a Saint-Ouen: allí se batió y fue gravemente herido. Solicitó desde el punto donde se refugió herido un salvoconducto del general prusiano Fabrice, que se lo rehusó. Dieron fe hecho ayer tarde prisionero por las tropas del Gobierno.

El coronel Piquemalle, jefe de estado mayor del general Vergé, es muerto en un jardín de la calle Boissy d'Anglas en el momento en que ordenaba la apertura de un camino cubierto al través de las casas para atacar por retaguardia la barricada de la rue Ruyau. El tiro partió de detrás de una persiana: la muerte fue instantánea.

La atmósfera de París empieza a estar infestada por los mismos cadáveres. Desde anteayer no se sepan los muertos, y muchos de ellos permanecen expuestos al calor atmosférico en el sitio donde han perecido.

El número total de los prisioneros hasta ayer noche era de 8,000. Los hechos antes del ataque de París, 3,000. La cifra de los insurrectos decididos se estima en un minimum de 30,000 hombres. Entre los prisioneros hay muchas mujeres que se baten con tanto arrojo como los hombres más animosos. Muchos prisioneros han sido ya dirigidos a Cherburgo.

Ayer, a la llegada de uno de los convoyes se prendió en pleno Versailles a un tal Johanaud, miembro de la *Commune*, que en un momento de entusiasmo gritó: ¡viva la Commune! ¡Salvemos a estos valientes!

Los presos de importancia son conducidos a la prisión civil. En sus calabozos-celdas se hallan Rochefort, Assi, Morant, Maljournal, Johanaud y otros personajes de este jaez.

Los insurrectos poseen aun los fuertes de Bicêtre, Montrouge y Hautes-Bruyeres, mas no el de Vincennes que los prusianos ocuparon la semana última, después de haber intimado su evacuación a la *Commune*, que no se atrevió a resistir sus órdenes.

Toda la parte N. y E. sigue vigilada e incomunicada por los alemanes.

La caballería de Gaillet y varios cuerpos de tiradores vigilan las cercanías de París y prenden a los fugitivos.

Los demócratas socialistas de Berlín han enviado un mensaje de felicitación a la *Commune*, que se ha extraviado en el camino.

Y los embajadores de la Asamblea federal de Madrid, han presentado sus credenciales a sus amigos del Hotel de Ville?

Hemos descrito el movimiento de avance de las tropas versallesas en París durante el domingo y lunes. En la mañana del martes había dentro de las murallas 80,000 hombres repartidos de la manera siguiente:

El general Cisse, con el 20.º cuerpo, tenía su cuartel general en la Escuela militar (Campo de Marte); el general Vinoy, con el ejército de reserva, en el cuartel de Invalidos; el general Douai, con el tercer cuerpo, en la antigua casa del príncipe Napoleon (avenida de Montaigne); el general Chinchamp, con el cuarto, en la nueva Opera, y finalmente, el general L'Amiral, con el primero, en el boulevard de l'Imprimerie.

El hecho principal de aquel día fue la toma de las alturas de Montmartre, que tan importante papel vienen representando desde el principio de esta fatal insurrección. Montmartre era casi una plaza fuerte formidablemente artillada y bien guarnecida. Para tomarlo, los generales organizaron un movimiento envolvente de modo que los insurrectos quedasen copados y no pudieran escapar a no ser por las calles que comunican con París por Nuestra Señora de Loreto y los demás puntos a donde no habían llegado las tropas. El primer cuerpo dueño de la quinta de la Muette, se apoderó de las estaciones del Norte y de Strasburgo, mientras que el general Chinchamp tomaba las avenidas Clichy y Saint-Ouen hasta la plaza de Clichy.

En este último punto empezó el combate encarnizado y terrible por la tenaz resistencia que oponían los federales detrás de las barricadas. Pero otras columnas de ataque, pertenecientes al cuerpo del general Douai, tomando por base el palacio de la Industria, en los campos Eliseos, se dirigieron a través de las calles de la orilla derecha al parque de Monceaux, y después de darse la mano por la avenida de Wagram con los tropas de Clichy, ganaron el cementerio de Montmartre, rodearon la colina por la parte de la muralla y llegaron a Clignancourt. El general L'Amiral, por su parte, vigilaba las murallas y los pueblos de las afueras. En aquel sitio no podía molestarle la artillería de los insurrectos, que hubiera tenido que disparar de alto a bajo con una inclinación imposible.

Mientras se tomaban estas disposiciones, la artillería de la quinta Becon y muchas piezas de campaña situadas en Levallois y Clichy-La-Garonne lanzaron una lluvia de proyectiles sobre Montmartre. Por fin, a las diez de la mañana, se mandó cesar el fuego y estrechar la línea de circunvalación, o, si se quiere, el lazo corredizo echado alrededor de la colina.

Al llegar a las faldas de esta, los soldados se lanzaron a la bayoneta. Entonces se produjo un desorden espantoso entre los rebeldes, que se hallaron cogidos por todas partes y que por ser muchos no podían defenderse eficazmente: batallones enteros caían prisioneros; otros huían a la desbandada, arrojando piezas de artillería y furgones; otros, perfectamente atrincherados, hacían un fuego mortífero. La refriega duró tres horas, juzguese las pérdidas que costaría! pero a la una de la tarde la bandera tricolor ondeaba en la iglesia de San Pedro, punto culminante de la colina.

El movimiento debió ser mucho mas vasto, extendiéndose los versalleses desde Montmartre a lo largo del canal de San Martín, a fin de lanzar por Channonne y el faubourg del Temple una columna que hubiera tomado el cuartel del Príncipe Eugenio, y aún hubiera podido limpiar el camino del Hotel de Ville. Pero esta operación no se llevó a cabo el martes, y el caso de la ciudad ocupada continuó teniendo por límites en la orilla derecha las plazas de la Concordia y la Magdalena.

Entre tanto el general Cisse y el cuerpo de reserva se desplegaron en la orilla izquierda, tomando una a una las posiciones de los federales, que por lo demás en los puntos extremos no oponían una resistencia demasiado viva.

Como se ve, el plan de los generales ha consistido en ir envolviendo todas las posiciones del enemigo, de modo que, cogido entre dos fuegos, tuviera que ceder sin gran efusión de sangre. Así se explica que los insurrectos hayan conservado hasta el último instante en su poder los barrios centrales y los mas hermosos edificios de París. Desgraciadamente, esa calculada lentitud de los jefes versalleses, que no han querido arriesgar un ataque de frente y osado contra el corazón de la ciudad, ha sido causa de que, en su bárbara desesperación, acorralados y perdidos, los sectarios de la *Commune* hayan pegado fuego a los soberbios palacios donde se albergaban los monumentos cuya pérdida afecta a todo el mundo.

Las pérdidas de la tropa fueron en ese día mas considerables que en los dos anteriores, contándose entre los muertos y heridos a varios jefes.

En el octavo distrito tuvo lugar un combate para tomar la alcaldía, al cual asistieron Julio Ferry, alcalde de París. Los soldados tomaron las barricadas de las calles Anjou, Faubourg, Saint-Honoré y Surresnes, que aslaban la alcaldía. En este último edificio se encerraron muchos insurrectos; pero los soldados, rompiendo tabiques y pasando de una a otra casa, entre ellas la que habitó el conde de Montalambert, fueron a dar en el patio de la alcaldía. Sorprendidos los federales, se rindieron.

Poco después, el 5.º regimiento de línea, con su coronel, Thierry, al frente, tomó la formidable barricada que había entre la Magdalena y el boulevard Malesherbes. Aquel hecho costó una grave herida al valiente coronel y la vida a muchos soldados. Los heridos de aquel barrio fueron trasladados a la ambulancia establecida por sir Richard Wallace.

Asegúrase que el ministerio de Marina estaba ocupado por un batallón de mujeres, que se defendía vigorosamente, rehusando rendirse y amenazando con prender fuego en último extremo al edificio.

No sabemos si las amazonas de la *Commune* cumplirán su amenaza.

En el Sena, las cañoneras sostuvieron la lucha. Una, colocada bajo el puente Real, disparaba contra Billy y el Trocadero. El general Bruat consiguió apoderarse de una de ellas, llamada la *Commune*, y, cambiada la tripulación, pasó al servicio de Versailles.

Por la parte del Sur, los fuertes de Bicêtre, Montrouge y Hautes-Bruyeres sostuvieron un fuego en diablado, pues el general Baril empezó a combinar sus movimientos para tomarlos a todo trance.

Dicen de Versailles, fecha 23:

El combate ha sido ayer mas mortífero que la víspera. Las tropas, cuyas bajas se ocultan cuidadosamente, han sufrido mucho.

Todas las ambulancias (hospitales de sangre) están cuajadas de heridos, y como apenas hay quien se ocupe de enterrar los muertos se nota en París un olor de cadáver que levanta el estómago y oprime el corazón.

No es posible dar cifras de las bajas; pero basta decirles que aunque se evita el atacar de frente las barricadas, ha habido alguna de ellas que ha puesto 200 hombres fuera de combate.

Dos coronales se sabe ya murieron ayer. Uno de ellos es M. Piquemalle, jefe de estado mayor del general Vergé, y el otro M. Thierry.

El primero lo mataron en un jardín donde estaba un desfiladero, de un tiro disparado tras de una persiana, y el segundo murió en el asalto de la barricada que cerraba el boulevard Malesherbes, junto a la Magdalena.

Haciendo punto en materia de informes militares, salvo el dar a la final de esta carta algunos detalles complementarios, dire cuatro palabras de la situación política.

Esto toma muy mal aspecto.

M. Thiers, forzando la nota conciliatoria, y olvidando, en opinión de muchos gentes, lo que se debe a la dignidad del principio de orden y autoridad ha vuelto a confiar la administración de París a los mas hombres que han preparado la insurrección y que han fructificado encubiertamente con ella durante su pasajero triunfo.

MM. Jules Ferry, Bouvalet, Clemenceau, Mottu, Desmarest, Heligon, en fin, todos los rojos que habían logrado ser electos alcaldes bajo la presión revolucionaria que existía al fin del sitio, y que mostraban tantas simpatías a la *Commune*, sin los que las tropas del orden reintegraron al frente de los municipios parisienses.

Esto produce en Versailles una sorda, pero profunda agitación.

Si M. Thiers sigue por ese camino, esperen ustedes sucesos graves en la Cámara, y quizás nuevos disturbios en los departamentos.

Lo más original es que se habla de suspender las sesiones de la Asamblea a petición de muchos diputados, lo cual equivaldría a confiar la dictadura al jefe del poder ejecutivo.

Por fin el horizonte político está muy nublado, y mucho me temo que la toma de París no sea sino un entrechico.

Ni la Cámara ni el país, cuya mayoría es monárquica, creo consentían siga la farsa republicana que viene desprestigiando a la Francia desde el 4 de Setiembre, ni que la conservación del orden continúe encomendada a gentes que han pasado su vida turbándolo en sentido socialista.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 27 DE MAYO DE 1871.

¡DESPIERTA, FRANCIA!

Sean o no ciertos todos los horrores que se cuentan de París, las cartas que de la comarca van llegando, las personas que fundadamente pasan por bien informadas, los rumores públicos, nos dan testimonio de que pasan en París cosas mas horribles aún que las que se cuentan.

¿Qué es lo que está pasando en la capital de Francia?

Una cosa tremenda, pero sencilla: la Justicia de Dios.

«La verdad en su desnudez, que ya nada puede velar, está contenida toda en estas cuatro afirmaciones, decía anoche *La Epoca*. El comunismo conduce a la barbarie. El socialismo conduce a la barbarie. El federalismo conduce a la barbarie. El individualismo radical y exagerado conduce a la barbarie.

«Cualquiera de esos cuatro elementos destructores de la civilización moderna, era capaz, por sí solo, de pegar fuego a París. Los cuatro se reunieron en aquella ciudad infortunada para realizar su obra de destrucción, y lo que hay que extrañar ya es que haya quedado algo en pie dentro de sus murallas.»

Esta es, en efecto, la verdad en su desnudez, como dice el periódico liberal conservador, pero no es la verdad completa, no es toda la verdad.

El comunismo, el socialismo, el federalismo y el individualismo conducen a la barbarie; pero a *La Epoca* se le ha olvidado añadir que el liberalismo conduce al individualismo, al federalismo, al socialismo y al comunismo.

Sobre París, pues, están pasando las últimas fatales consecuencias del liberalismo.

Los hombres tímidos, los hombres inconsecuentes, los hombres bien avenidos con el error a medias; los llamados prudentes, moderados, doctrinarios, liberales conservadores han hecho esfuerzos heroicos para aplazar, para esquivar el día de la verdad completa, el día de la ira; pero han venido los consecuentes, los lógicos, los audaces, los destruidores del festín de los Gobiernos, y con ellos han llegado los incendios, los robos, los asesinatos, la desesperación, la rabia, el frenesí; con ellos ha llegado la justicia de Dios.

Suben al cielo entre espesa humareda las llamas de las Tullerías, y van gritando en su camino: nosotros somos el castigo de reyes y emperadores cómplices de la revolución.

Vuelan sillares y columnas del palacio del Senado como chispas de carbones mal encendidos, y claman al estallar: nosotros somos el castigo de la prostitución parlamentaria.

Derribábase el Palacio Real, morada del príncipe Napoleon, y entre nubes de polvo y torbellinos de fuego aúza un ángel vengador, diciendo: esta es la señal de la justicia sobre las anexiones y sacrificios de Italia.

En los negros escombros de las joyerías y tiendas más ricas del universo que circundaban el patio de ese mismo edificio, una mano misteriosa escribe: castigo del lujo.

Hay castigos en el Luxemburgo para el arte prostituido; los hay en otras partes para el robo legal, para la dureza de corazón, para la enseñanza atea, para la sensualidad. En suma: París es hoy las horcas caudinas de la civilización moderna, del derecho nuevo, del liberalismo condenado por el *Syllabus*.

¿Quién lo dijera! Condena el Papa, y la revolución ejecuta la sentencia. Roma es el brazo eclesiástico; París el brazo secular. Asy, Rochefort, Félix Pyat, Delacroix son los verdugos.

De dónde nace el terror que infunden los incendios, robos y asesinatos de París sino del último convenio en que está Europa entera de la universalidad del castigo que corresponde a la universalidad del crimen? Este convenio es general, y ha sido formulado explícitamente no há mucho tiempo. Cuando París estaba amenazado por los prusianos, en el desvanecimiento de su orgullo, se proclamó a sí propia capital de Europa, cabeza y corazón de la civilización moderna; cuando algunas bombas cayeron en su recinto, se declaró ciudad santa, ciudad inviolable, y toda la prensa liberal europea, todos los liberales anatematizaron a los alemanes como sacrilegos.

Con este carácter de universalidad se quiso formar una egida para París, y Dios, queriendo castigar el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, ha dejado caer su mano sobre el escudo que cubría la cabeza del monstruo en quien la sociedad moderna idolatraba.

París perece por liberal; luego nosotros pereceremos también por liberales.

Hay aquí el secreto de nuestro terror.

Estamos contemplando un suplicio, y la voz de la conciencia nos grita que somos reos del mismo crimen del ajustado.

Pero no hay culpa en el mundo que no pueda lavarse con lágrimas de arrepentimiento; no hay manifestación de la Divina justicia que no haya sido seguida de una manifestación de la Divina misericordia.

¡Despierta, Francia, despierta al fragor de los incendios de París! Mira a donde te conducen el olvido de Dios, la enseñanza atea de la universalidad, la prensa libre, la monarquía de Julio, la república, el cesarismo, todo lo que está impregnado del espíritu liberal, todo lo que está fuera de la legitimidad, todo lo que emana de los principios de 1789.

No hay más salvación para Francia, ni para España, ni para Europa, que la restauración del derecho cristiano, del derecho, en una palabra, porque uno solo es el derecho, como una es la verdad y una la justicia.

Si nos queremos librar de una invasión de bárbaros como la que ha surgido dentro de París, es menester arrancar de raíz el liberalismo, que es el germen de la barbarie moderna.

Si hemos de tener Dios a quien rendir pública adoración los individuos, es preciso que el Estado no se declare ateo.

Si ha de subsistir la familia, es indispensable que no se secularice el matrimonio.

Si la autoridad divina del Padre ha de mantenerse, principiemos por reconocer en Dios el principio de toda paternidad.

Si hemos de conservar nuestra propiedad, respetemos la ageta y no dispongamos de ella sin consentimiento de su dueño.

Si hemos de tener moralidad, no consintamos sistemas de Gobierno fundados en la corrupción.

Si hemos de ser nación, no gobernemos para los partidos.

Si buscamos la paz, huyamos de las elecciones; si el orden, afirmemos el derecho.

Gobiernos sencillos, con la base de Gobiernos baratos: Gobiernos fuertes prenda de seguridad, de paz y de reposo.

La libertad viene del orden, y el orden, de una autoridad no disputada.

Pues bien, con liberalismo, ya lo hemos visto ayer, no hay religión, no hay familia, no hay propiedad, ni moralidad, ni patria, ni paz, ni tranquilidad, ni derecho, ni justicia, ni orden, ni libertad.

Como la sombra a los cuerpos, el comunismo, el socialismo, el federalismo, el individualismo radical y exagerado siguen a todo Gobierno liberal.

¡Despierta, Francia! Si estos golpes no te hacen abrir los ojos, es que no duermes, es que estás muerta.

¡Despierta, Francia! Si dentro de quince días no has llamado a Enrique V para que se siente en el trono de sus mayores, dentro de quince días habrás organizado trenes de recreo para que todos los curiosos y frívolos gastadores del mundo vayan a contemplar las ruinas de París.

O dentro de quince días te vamos volver por tu honor, o especulando con tu deshonra.

O reina, o prostitución.

¡Despierta, Francia!

O dentro de quince días te pones al frente de la civilización, del progreso y de la libertad verdadera, o dentro de quince días te escupimos a la cara.

¿Sería inoportuno preguntar a los católicos españoles si no se creen obligados en los momentos presentes a dar alguna muestra pública y solemne de caridad para con sus hermanos de Francia?

Esta idea nos persigue de algunos días acá.

Nosotros nos unimos desde ahora con toda el alma a todo proyecto que cualquier asociación de católicos forme para pedir al Dios de las misericordias, con actos públicos de penitencia, que se digno extender su mano sobre aquel pueblo, aceptando como expiación suficiente las tremendas desgracias que ya ha padecido, a inspirándole deseos sinceros, ardientes y eficaces de reconciliarse con la divina justicia.

PARIS.

La destrucción de París avanza rápidamente y los crímenes y horrores de que da cuenta el telégrafo, espantan. Al incendio de los soberbios alcázares, mansiones del poder y la opulencia, sigue la destrucción de los almacenes y bazares del lujo y del refinamiento sensual. Las principales tiendas de la capital son presa de las llamas, y a estas horas se está cumpliendo la predicción de que «correrán por las calles de París los metales fundidos al calor del incendio de sus edificios.» Muchas casas particulares son también devoradas por el fuego y a todas horas prenden nuevos incendios las infernales bombas de petróleo. Los insurrectos, desde sus últimos atrincheramientos, arrojan estas terribles máquinas de destrucción sobre toda la ciudad; el fuego cuende por todas partes y parece que ha llegado ya la última hora de la Babilonia moderna.

Y además del fuego y de los incendios ¡cuántos crímenes, cuántos estragos, cuánta muerte! Mueren a millares los criminales, parecen tambien los inocentes que atravesán con su sangre las misericordias de Dios sobre la infortunada Francia.

Anteayer, en el encarnizamiento del combate, multitud de insurgentes, viéndose perdidos, se refugiaron en la iglesia de la Magdalena; allí los persiguió la furia del ejército, y fueron todos pasados a cuchillo; en las Tullerías se han encontrado centenares de cadáveres carbonizados, de heridos que los insurrectos habían abandonado a los horrores del incendio del palacio. Los soldados tambien parecen a millares, barridos por la metralla que vomitan las formidables trincheras de la insurrección, y abrasados por el petróleo; todo es desolación y ruina; las calles están cubiertas de sangre y de cadáveres, de ceniza y de escombros, y nuevas catástrofes y nuevos horrores vienen a aumentar a cada momento los estragos de la destrucción.

La Santa Capilla, joya primorosa del arte, la perla de París, monumento erigido por la piedad del santo rey de Francia, ha sido destruida, según anuncio del telégrafo; tras de este seguirán los templos, que el incendio había respetado hasta ahora, como si Dios hubiese querido mostrar que lo que atraía sobre París el tremendo castigo era su soberbia, su corrupción, su inmoralidad; por eso han caído primero los palacios y las moradas del lujo y del placer.

Al mismo tiempo ¡qué escenas tan horribles, qué crímenes tan nefandos ensangrientan la ciudad pecadora y manchan su memoria para siempre! Dos mil personas inocentes que los feroces bandidos de la *Commune* tenían encerradas en sus mazmorras, como prenda de impunidad; dos mil seres inofensivos, ajenos a la lucha han sido bárbaramente inmolados a la saña de aquellos abortos del infierno. Las matanzas de la revolución del pasado siglo se reproducen con todos sus horrores; allí en los oscuros calabozos de incunas prisiones han sufrido muerte atroz y cruel ochocientos Sacerdotes y el venerable Pastor de París. Su sangre inocente clama al cielo y el cielo descargará el azote de su justicia; pero ¡oh! la sangre de esos mártires redimirá a Francia y Francia será salva.

En tanto, siguen los asesinos e incendiarios resistiendo con el furor de la rabia el valiente empuje de los pobres soldados. En los barrios extremos de la ciudad, en Belleville y la Villette, focos perpetuos de conspiración y rebeliones, se defienden como fieras acosadas en sus cavernas. Todavía allí caerán a millares los buenos, prosiguiendo su obra de salvar la sociedad; todavía desde allí atizarán el incendio aquellos malvados, enviando proyectiles a toda la población: allí se han encontrado furias en forma de mujeres, arrojando petróleo a las cuevas para que el fuego consuma lo que todavía no ha devorado: allí perecerán, envueltos entre llamas, los causadores de tamaños desastres.

¡Francia, Francia! Mira a donde te ha llevado el olvido de Dios; mira en qué abismo te han sepultado las locuras revolucionarias. Eras la nación poderosa y fuerte, envidia de los pueblos, y hoy eres terrible ejemplo y enseñanza a las naciones prevaricadoras. Toda la sangre que te inunda y todo el fuego que te devora, no bastarán a lavar las manchas de tus delitos y a purificar tus abominaciones, si no brotan del corazón las lágrimas de la penitencia. ¡Tremenda expiación! Haz que

sea fructífera y saludable, no se diga de ti lo que de la gente impía: «dejará de ser pueblo, y será como un montón de escombros y ruinas.»

DIALOGO EDIFICANTE.

Al desdolar los periódicos ministeriales estos días en que con tanta rapidez se suceden las noticias acerca de los horribles incendios de París, nos encontramos con interminables artículos impregnados de hedionda conservaduría, impropia de hombres que no ha mucho se jactaban de haber llevado a término la revolución más radical que conocieron los nacidos.

Hemos traído, decían la regeneración y la cultura a este país por medio de la libertad más completa. Nos alzamos en armas contra un poder que nos degradaba y oprimía, y sobre aquellas ruinas hemos levantado un edificio nuevo y sólido.

Ahora ven con horror cómo sus semejantes, cómo sus hermanos los revolucionarios de París hacen práctica aquella intelectual hoguera espantosa que brotaba de los clubs, de los libros, de las academias, de los periódicos y de los Gobiernos, todos liberales, y posibles de inverosímil espanto, anatematizan a los incendiarios y apelan a los hombres de bien para que, sin renegar de la libertad, amándola más que nunca, se agrupen en torno de las instituciones vigentes—[malvadas instituciones!]—y contribuyan a salvar la sociedad de los peligros que la amenazan.

Nos causa lástima y pena al mismo tiempo el lenguaje de esos desdichados periódicos. No nos tomaremos el inútil trabajo de refutar sus originales ideas con argumentos de nuestra cosecha. En las columnas de esos mismos diarios encontramos la refutación más completa. En prueba de ello, *El Debate*, en una correspondencia de Versailles nos da cuenta del siguiente diálogo que un personaje de la *Commune* ha sostenido con un personaje del Gobierno de Thiers, es decir, que un demagogo ha sostenido con un doctrinario:

«M. Picard, uno de los ministros del 4 de Setiembre y uno de los agitadores más antiguos y radicales de este país, se empeñó, a pesar de las observaciones de M. Thiers, en ir a interrogar a Assi.

Assi es un hombre inteligente y enérgico que sacó partido de la imprudencia del ministro para confundirlo.

«¿Cómo, le dijo, se atreve Vd. a venir a verme en nombre de la ley? Entre un ministro del 4 de Setiembre y un comunero del 48 de Marzo no hay nada que echarse en cara; ambos somos hijos de un motín.

Usted representa únicamente la victoria; abuse usted de ella y máteme, estará Vd. en la lógica de estas situaciones; pero no me hable Vd. de Código, de moral ni de libertad. Visiteme Vd. como verdugo, pero no como juez.

Y como el ministro enojado quisiese interrumpirle, Assi le arrojó este último apostrofe:

«Usted representa la justicia! ¿Años dones! si no fuese Vd. ministro, habría Vd. solicitado con un favor el defendernos para rehacer su popularidad.

con *El Debate*, como si quisiera demostrarnos que ningún moderado ha tenido nunca ideas fijas, dedica otro artículo a los federales españoles excitándolos a que retiren la felicitación que enviaron a la *Comune*, y en este artículo dice al pie de la letra:

«Y son estos los hombres que merecen las simpatías de los republicanos españoles? ¿Aprueban nuestros federales los hechos vandálicos de estos hombres?»

No lo creemos, no podemos creerlo. Los que se dicen amantes de la libertad de conciencia, del orden, de la abolición de la pena de muerte, del derecho, de la justicia, de la civilización y de la patria, no pueden tener solidaridad ninguna con los que no reconocen ni permiten más religión que el ateísmo ignorante, con los constantes perturbadores del orden, con los que asesinan, roban, incendian los palacios y las casas y arrasan los monumentos de gloria nacional.

Creemos el partido republicano, y si quiere evitar un pronto suicidio, apresúrese a retirar aquellas inoportunas declaraciones, rechace a la demagogia de París y a todas las demagogias, arroje de su seno a los elementos socialistas que contiene, y por un deseo de falsa popularidad, porque falsa es la que no está inspirada por principios patrióticos, no abandone sus ideas propias, ni reniegue del derecho, de la justicia y de la libertad, que son las bases sobre las cuales solamente pueden apoyarse todos los sistemas políticos.

La contradicción en que incurre *El Tiempo* no puede ser más patente. Pero a más de contradicción, demuestra este periódico en las precedentes líneas que no tiene nociones exactas del derecho, de la justicia y de la libertad, y demuestra también sobrada candidez dando importancia a que los federales españoles desaprobaban la conducta de sus compañeros los franceses.

Desengañese *El Tiempo*; los republicanos de España que felicitaron a la *Comune* de París en los días de prosperidad y cuando eran ya conocidos sus desmanes, no pueden censurarla ahora que la vea disuelta y vencida por más que hayan aumentado sus crímenes. De seguro que no faltaría entre los mismos federales quien calificase de cobardía esta conducta, y apostrofara a sus compañeros de esta ó parecida manera.

«Pues qué, retiraría a nuestros hermanos de París las felicitaciones que les habéis dirigido, si con todos sus excesos hubieran conseguido el triunfo contra los despotas de Versalles? ¿No los aclamaríamos entonces por héroes y esculturías en bronces las escenas de que aparentas ahora escandalizarnos? Fuera, pues, hipocresía, tengamos el valor de nuestras opiniones, y no cometamos la infamia de abandonar a nuestros hermanos, solo porque los vemos entre charcos de sangre, víctimas de nuestras doctrinas. Escandalícese España, Europa y el mundo, pero nosotros que felicitamos a los comunistas de París cuando tenían en poder suyo una plaza fuerte poco menos que inexpugnable, y mataban y saqueaban y destruían, no podemos retirarles nuestro afecto y nuestra admiración, porque hayan sucumbido defendiéndose hasta con petróleo.»

No espere *El Tiempo*, por lo tanto, que los federales condenen la conducta de los socialistas de París, antes por el contrario, prepárese a oír de boca de *La Igualdad*, que «los excesos que esta revolución haya podido cometer son las deplorables consecuencias del rebajamiento de costumbres, de la pérdida del sentido moral y de las ideas de derecho de la sociedad francesa», cosas todas que se deben al imperio del moderantismo napoleónico tan del agrado de los hombres de *El Tiempo*. Y si esta declaración no le basta, lea el diario moderado en el mismo artículo de *La Igualdad* las siguientes líneas, que son el límite a que llegaron los federales en este asunto:

«Para concluir haremos constar que en los últimos días de la insurrección, los hombres de la idea los hombres que comprendían todo lo que era y representaba la revolución, y hasta la *Comune*, que como Gobierno no tiene que lavarse de ningún exceso, no ejercían ya autoridad ninguna desde el momento en que la insurrección fué dominada por otros hombres.»

Hace días que anda rodando por los periódicos el siguiente suelto de *La Independencia Española*:

«Se nos asegura que en Madrid se conspira contra las instituciones; se nos asegura que vendrá de fuera gran remesa de melancolía para organizar la conjunción, y se dice que altos personajes no son extraños a estos planes siniestros y subterráneos.

Que el Gobierno no se duerma es lo que apetecemos.

Que los pueblos estén alerta para estirpar a los que piensan y quieren destruir la libertad, la religión y la familia.»

Esta frase final, que puede ser un recuerdo de otra que se suele echar en cara a un diario montpensierista, nos hace suponer que *La Independencia Española* alude a alguna conspiración real ó supuesta de los amigos de D. Antonio de Orleans.

De otro modo, hablar de las instituciones vigentes como baluarte de la libertad, de la religión y de la familia, sería un exceso de insensatez, cuando los hombres de mediano juicio, aterrados por los sucesos de París, empiezan a pensar seriamente en la estrecha relación que existe entre tales sucesos y las doctrinas liberales.

Y ¿es, en efecto, verdad que el orden de cosas existente está amenazado por una conspiración montpensierista?

Lo que es verdad es que el Gobierno y sus aliados tienen grandísimo miedo. Los dedos les parecen huéspedes, como vulgarmente se dice; cualquier cosa da pábulo a sus temores.

Una prueba de estos da ayer *La Opinión Nacional*, diario montpensierista, en las siguientes líneas:

«Hoy hemos sabido, y estamos seguros de que nas die nos desmentirá, que hace tres días se repartió al cuerpo de orden público de esta capital, dos paquetes de cartuchos por barba. Niéguelos los periódicos ministeriales que el Gobierno tiene miedo en vista de estos preparativos. Pues cuando un Gobierno tiene miedo, es porque no cuenta con la confianza del país, ó lo que es más claro, porque está seguro de haberse enagajado las simpatías de todo el mundo con sus actos como tal Gobierno.

Sabemos además que se trata de aumentar con otras doscientas plazas el ya numeroso cuerpo en Madrid, de esta clase de fuerzas, que ha venido a sustituir a otra de los tiempos de González Brabo, de que no queremos acordarnos.»

Debemos advertir, sin embargo, que *El Imparcial* desmiente hoy las noticias que acabamos de transcribir de *La Opinión*.

No es cierto, según el diario cimbrio, que se hayan dado recientemente dos paquetes de cartuchos a cada guardia de orden público ni que trate de aumentarse este cuerpo con 200 individuos.

La impresión que causan los despachos telegráficos que se reciben de Francia, no permite que se fije mucho la atención en la discusión de la reforma legislativa en que hoy se ocupa el Congreso.

En otras circunstancias los discursos pronunciados por los Sres. Bugallal y Trelles hubieran mantenido llenos los escaños del Congreso; ayer, sin embargo, el deseo de saber lo que se decía de Francia en el salón de conferencias y en los pasillos no permitía a muchos diputados permanecer en sus asientos.

El Sr. Bugallal, después de demostrar que con arreglo a la Constitución y al Código penal todo es discutible dentro y fuera del Congreso, partiendo de este supuesto, pretendía que se pusieran trabas para la discusión de todo proyecto de reforma del artículo 33 de la Constitución que establece la monarquía.

Como las oposiciones en general no pueden hoy aprobar que sea indiscutible la monarquía, carlistas y republicanos se abstuvieron de votar y los montpensieristas votaron en contra. Los ministeriales que equipararon el art. 33 a los demas de la Constitución, como quieren que para la lectura de toda proposición de reforma esté autorizada por la mayoría de las secciones votaron también en contra.

Los votos de los montpensieristas dan pie a *El Imparcial* para hacer sueltos con pretensión de sarcásticos, jactándose de que los Sres. Ríos Rosas y Mantilla, director de *La Política*, votaron ayer con la mayoría. ¡Qué candidez!

Nuestro amigo el Sr. Trelles impugnó el dictamen de la mayoría de la comisión, probando con raciocinio indestructible que, según las doctrinas liberales y los principios de la Constitución vigente, la reforma del reglamento es absurda.

Pero ¿qué sería de los Gobiernos liberales si fueran consecuentes con sus principios?

Mas que otra cosa, a demostrar la inconsecuencia de nuestros gobernantes tendió el hermoso discurso del Sr. Trelles, y la demostración fué cumplida.

Corren impresos hace años en varios libros unas predicciones del pasado siglo que publicó también *La Regeneración* en el mes de Setiembre último. Este periódico, con motivo de los sucesos de París, reproduce anoche algunos párrafos de estas predicciones, que seguramente son oportunísimas. Dicen así:

«(Oír, París, París! ¡PRONTO NO EXISTIRÁS. TUS HABITANTES PERECERÁN POR EL FUEGO.»

«(EJERCITOS DE INSURGENTES ATACARÁN TUS MURALLAS Y DESTRUIRÁN TUS EDIFICIOS...»

NADIE LO CREERÁ HASTA QUE LO VEA...»

«(DESGRACIADO PUEBLO! TÚ SUCUMBIRÁS A CAUSA DE TU DESMORALIZACIÓN.»

A continuación de las precedentes líneas el diario católico-monárquico toma de los despachos telegráficos relativos a los sucesos de París lo siguiente:

«LOS INSURGENTES HABIAN PRODUCIDO EL FUEGO POR MEDIO DEL PETRÓLEO.»—(Thiers, en su discurso de Versalles).

«LAS CALLES DE PARÍS SE HALLAN CUBIERTAS DE UN GRAN NÚMERO DE CADAVERES.» (Circular de Thiers a los prefectos).

«NUNCA HABIAMOS PODIDO IMAGINARNOS QUE LLEGASE HASTA TAL PUNTO LA AUDACIA DE SUS DESMANES.» (Julio Favre a los representantes de Francia en el extranjero).

«BAJO EL GOBIERNO DE LA COMMUNE LA PROSTITUCION Y LA EMBRIEGUEZ HAN PROSPERADO COMO DOS FRUTOS NATURALES, LLEGANDO HASTA EL PUNTO DE OFENDER EL DIGNO DE LOS HOMBRES DE LA COMMUNE, QUE HAN TENIDO QUE DICTAR MEDIDAS CONTRA LA PROSTITUCION EN LAS CALLES.» (Extracto de un periódico de Versalles).

El mismo periódico religioso copia de otra predicción del tiempo de la revolución francesa estos párrafos relativos a la ciudad de París:

«De aquí a cien años quedará esta ciudad tan grande, tan rica, tan admirable; este centro humano, objeto de envidia de todos los soberanos de Europa; esta Babilonia moderna, cien veces más impura que la antigua, será devorada por el fuego y sus calles se convertirán en ríos de sangre.»

Por todos los edificios de la capital se verán brotar torbellinos de llamas y columnas de fuego semejantes a las de que nos habla la Sagrada Escritura, las cuales se elevarán en los aires é irán a confundirse en las nubes.

LA VISTA DE LA CIUDAD DESDE LAS ALTURAS QUE LA RODEAN, SERA LA DE UN HORNO.

Durante ocho días la intensidad del humo oscurecerá los rayos del sol, y en el espacio de un mes la pirámide de fuego estará sobre París, destruido para siempre.»

Por corramiento de estas líneas *La Regeneración* pone las siguientes con que termina uno de los despachos:

«UNA ESPESA NUBE DE HUMO ENVUELVE A PARÍS. CAE INCESANTEMENTE UNA LLUVIA DE CENIZAS.»

No dejaremos la pluma sin decir a nuestros lectores que los periódicos revolucionarios respetan por regla general el artículo de *La Regeneración*, y aun le reproducen en parte.

En vista de la nueva corriente conservadora que empiezan a seguir los intrasiguentes revolucionarios de Setiembre, hoy celosos guardadores del presupuesto, al que dan el nombre de *orden social*, un periódico republicano hace las siguientes observaciones que merecen ser conocidas:

«¡Así nos gusta la gente!

Y los turroneros van perdiendo la cordedad, como suele decirse, y envalentonados sin duda por la mayoría que deben a la arbitrariedad de un ministro, empiezan a manifestarse defensores del golpe de Estado que al parecer se prepara.

Ni son solos ya los órganos de la situación los que descaradamente hablan de confesar y reprimir. En el salón de conferencias hay algunos que se cansan de ser hipócritas y dicen lo que sienten hasta cierto punto.

Aquellos antiguos demagogos, aquellos tertulianos de taberna que rindieron culto a la libertad y precipitaron al pueblo a luchas sangrientas, bajo el pretexto de conseguir la honra y la dignidad de la patria; aquellos que no buscaban más dignidad que la del cambio de traje, ni más honra que la consideración del dinero, son los que se cansan de libertad porque esta contraria la posición que ocupan tan injustamente.

Aprende, pueblo, aprende, y no olvides los nombres de tus antiguos ídolos.»

Siempre los ídolos de la revolución han sido de esa estofa.

¡Aprende, pueblo, aprende!

El Universal se muestra horrorizado por los despachos de París, entre los cuales se cuenta la degollación de 700 ó 800 Sacerdotes encerrados en la prisión Mazas.

Creemos sincero el horror de *El Universal*, pero no menos sincero es el horror que le inspiran los Sacerdotes a los cuales asedia constantemente con insultos y calumnias cuyo último y natural resultado es poner el homicida puñal en manos de los asesinos.

Los que diariamente excitan el odio popular contra los ministros de Dios, ¿qué hacen sino justificar en cierto modo los horribles crímenes que la demagogia comete luego en cosas y personas sagradas?

No es la tea la que incendia; no es el puñal el

que mata: la pluma y la palabra de los descreídos; hé aquí la tea y el puñal verdaderamente temibles en las sociedades modernas.

Es posible, como se indica en ciertos periódicos, que algún diputado ministerial pretenda reproducir en España la moción de las Cámaras de Bélgica para que se declare reos de delitos comunes y sujetos por lo tanto a la extradición, a los refugiados de la *Comune* de París en España.

Comprendemos la respuesta afirmativa del Gobierno belga que es hoy Gobierno eminentemente católico; pero el Gabinete español que no lo es, no puede hacer declaración semejante sin contradecirse, sin faltar abiertamente a todos sus antecedentes. La *Comune* y la revolución de Setiembre son hijas del motín; el éxito no puede borrar su idéntica paternidad.

Miren bien lo que se hacen los setembrinos; si califican de delito común la ruina de los edificios de París, de delito común tienen que calificar la voladura del puente de Puente de la Reina por el general Prim. El más ó el menos no muda la especie.

CORREO DE HOY.

Hoy no hemos recibido ningún periódico de Francia.

En cambio, tomamos del *Diario de Ginebra* la siguiente interesante relación:

(DETRINDE DE LA COLUMNA DE VENDOME.)

Relato de un testigo ocular.

PARIS, lunes, 15 de Mayo, al medio día. Esta mañana el cielo estaba encapotado y sombrío y soplaban un viento frío y penetrante. Desde muy temprano se habían formado grupos en la esquina de las calles de la Paz y de Rivoli y en todos los puntos desde donde podía verse la columna de Vendome, pues se había anunciado para hoy su derribo.

La municipalidad había repartido mil esquelas que autorizaban para circular en derredor de la plaza. Estas esquelas eran rojas con letras blancas, y en el membrete había un gorro frigio con estas palabras: «Municipalidad de París, Comité de Salud pública», y el triángulo francmasónico y la bandera en la cual se leía el lema: «República francesa».

Todas las tiendas inmediatas estaban cerradas. Un cordón de guardias nacionales contenía a la multitud. Algunas cantineras y otras mujeres cargadas de cestos vendían profusamente café, aguardiente, etc.

Varios individuos bebían en pequeñas mesas protegidas del viento por hojas de puertas, ventanas, etc., arrancadas de las casas inmediatas. Pasando por un lado de la barricada entré en la plaza, y vi una especie de cable atado a la parte superior de la columna y bajando verticalmente hasta un cablete cerca de la tienda del farmacéutico inglés que hay en la esquina de la calle de la Paz. A cada lado de la columna habían colocado sólidas vigas.

Abadie, el ingeniero encargado por la municipalidad de derribar la columna, decía que abrigaba la íntima convicción de que caería en dirección de la calle de la Paz, y se comprometía a colocarse a dos pies del sitio a donde suponía llegaría el extremo. Naturalmente, nadie se presentaba para acompañarlo.

La municipalidad quería derribar la columna pieza por pieza, pero Abadie se negó con indignación, declarando debía caer en una masa terrible é íntera para simbolizar la caída de la gloria militar en Francia y en todo el universo, así como la extinción del imperio francés.

Debajo de la plaza hay importantes cloacas y tubos para la distribución de las aguas. Todo el mundo, a excepción de Abadie, ha vaticinado que la caída de la columna causaría una catástrofe.

La mayor parte de las casas de la plaza son viejas y se teme que caigan en escombros con la fuerza del choque; pero Abadie, que es el tipo del destructor entusiasta, es el único que insiste en pró de la caída en masa, y a despecho de todos los temores, sostiene que el choque será insignificante.

La columna debe caer sobre una capa de estiércol y paja. Innumerables carros pertenecientes a los trenes militares traen a la plaza cantidades considerables de estiércol. Sesenta hombres trabajan noche y día en aserrar la parte de mampostería. Se han quitado primero las planchas de bronce de encima del pedestal, y después los obreros han aserrado las piedras como lo practican los leñadores con los árboles.

Ha sido difícil hacer trabajar a los obreros, no por el temor al peligro, sino a causa de la pereza que han engendrado ocho meses de inacción, y han tenido que ser estimulados con vino y dinero.

La municipalidad tiene intención de hacer pedazos el bronce y venderlo a cinco francos.

A las siete de la noche—Algunos ciudadanos han ofrecido millón y medio de francos a la municipalidad para que no derribe la columna, y el ingeniero encargado de su demolición ha recibido cartas en que le amenazan con las más severas represalias si lleva a cabo su proyecto.

El cielo ha estado encapotado todo el día; solo a raros intervalos un pálido rayo de sol llegaba a las calles é iluminaba la plaza de Vendome, donde no han cesado de trabajar los operarios. La capa de estiércol y paja tiene ya 20 pies de espesor y 8 de anchura. Hay pequeños grupos de curiosos en la plaza; algunas mujeres discuten sobre el acontecimiento, pero sin divergencia de opinión, pues todas están convencidas de que el derribo de la columna será un gran paso hacia la civilización y la fraternidad universal.

Los fotógrafos están colocando sus aparatos para sacar la última copia de la columna. Algunos oficiales de la guardia nacional suben y bajan por las escaleras que conducen al andamio, donde trabajan los operarios, ocultos en una jaula de tela gris y un cortinaje verde.

Se oye constantemente y a lo lejos el estampido del cañón. La calle de la Paz está llena de curiosos que contemplan la columna. Se dice que asistirá al derribo un piquete de cada batallón de la guardia nacional.

A las cuatro y media llegan varios marineros a la plaza. Todas las mesas están ocupadas y parece que todo el mundo se divierte. El indispensable garbaldino con su blusa encarnada se halla naturalmente entre la multitud; el partidario del libertador de Italia hace caracolear su caballo blanco atropellando a los espectadores.

Abadie sube a las cinco a la plataforma; en tanto que algunos ordenanzas cruzan a galope la plaza. Se cree que son mensajeros de noticias de la mas alta importancia.

Algunos minutos después el ingeniero y los operarios bajan por la escalera, y otros suben al extremo de la columna para asegurar los cables. A las cinco y media el sol cruza las nubes, y la sombra de la columna se proyecta por última vez sobre las paredes de las casas.

Veo un artista ocupado en bosquejar la escena; le rodea una multitud curiosa, y detrás de él hay dos fotógrafos, un hombre y una mujer.

A las seis aparece un hombre en lo alto de la columna y aprieta los nudos de los cables. La multitud se estremece, pues cree que ha llegado el momento fatal. Entra en la plaza un individuo del comité de salud pública con su banda roja y se dirige a Abadie; el derribo de la columna no se verificará hoy. Los preparativos no pueden terminarse antes de ocho horas, y se ha acordado aplazar la ceremonia para mañana a las dos de la tarde. Esta noticia circula muy pronto de boca en boca.

Un garbaldino ata una bandera tricolor a una de las piernas de la estatua del emperador en medio de los aplausos de la multitud. A las seis y cuarenta y

cinco minutos se desata esta bandera y cae en la plaza. Todo está preparado ya. La multitud sigue agrupada en la calle de la Paz.

Martes, 8 de la noche.—El monumento erigido a la memoria de Napoleón y de las victorias del ejército francés, ha sido derribado hoy a las cinco y media de la tarde.

La ceremonia estaba anunciada para las dos, y desde muchas horas antes había una inmensa multitud en las inmediaciones de la plaza de Vendome. Los balcones y ventanas de las calles de la Paz y de Castiglione estaban llenos de señoras y caballeros que miraban con el mayor interés los preparativos de destrucción.

A las dos menos cuarto se manifestaron los primeros síntomas del acontecimiento. Se quitó el cortinaje verde que cubría el andamio, dejando ver una brigada de obreros ocupados en descargar grandes martillazos en el eje interior. Los fragmentos de piedra caían al pie de la columna, y muy pronto se pudo descubrir un gran boquete en la base de la columna comunicando con la escalera.

Algunos minutos después los acordes de una música se mezclaron con el estruendo de los martillos. Entraron por una de las calles inmediatas tres músicas militares que fueron a colocarse en diferentes puntos de la plaza. Las seguía una numerosa oleada de curiosos atraídos por la noticia de que iba a ser definitivamente derribada la columna.

A los dos y quince minutos parecían terminados todos los preparativos, y apareció en la escena el jefe de la empresa, el ingeniero Abadie.

Presentaba un aspecto atareado, y el júbilo y el entusiasmo animaban su fisonomía. Después de dirigir una rápida mirada en torno suyo—una mirada de reto burlesco a la majestuosa columna—se dirigía hacia el cablestrante destinado a apretar el cable atado en el extremo. En aquel momento había llegado al colmo la excitación de la multitud. La presencia de Rochefort, que acababa de ser reconocido, añadía un nuevo elemento a la curiosidad del público, que le rodeó y saludó con prolongadas aclamaciones.

El populacho parecía convencido de que la ocasión era propicia para hacer una ovación al autor de la *Líberia* en el momento en que iba a caer en el polvo el monumento erigido a la gloria del primer Napoleón.

A las tres volvieron a tocar las músicas que habían estado durante algún tiempo silenciosas. Una tocaba la *Marsellesa*, otra el *Chant du Départ* y la tercera el canto de «Amigos, hermosa es la mañana de la *Multa di Portici*. Los guardias nacionales formaron, y los individuos de la Municipalidad con sus banderas encarnadas aparecieron en una ventana del palacio del ministerio de Justicia. Un guardia nacional agitaba una bandera roja en medio de la plaza. El tumulto de la multitud era indescriptible; todo el mundo esperaba con febril impaciencia la caída del monumento, pero la columna continuaba en pie, altiva y majestuosa, como si desafiara a sus oscuros demolidores.

A las tres y cuarto parecía haber llegado el momento fatal. Un capitán de marina dió la señal, y unos veinte marineros y guardias nacionales se colocaron en el cablestrante. Sonaron los clarines como si en la mente de los ingenieros, la columna, a ejemplo de las murallas de Jericó, hubiera de caer al sonido de las trompetas.

Sin embargo, el cable se acortaba bajo los esfuerzos de los hombres que manejaban el cablestrante, pero la columna se resistía, y hubo un intervalo de descanso. Pocos momentos después los clarines dieron la señal para un nuevo esfuerzo del cablestrante, que fué ejecutado en medio del mas profundo silencio.

El momento era solemne. Todas las miradas estaban fijas en la columna que no vacilaba. La multitud se preguntaba en voz baja si la violencia del choque haría caer las chimeneas sobre las cabezas de los curiosos, que estaban de puntillas para evitar la caída de la columna causaría una catástrofe.

La excitación había llegado a su apogeo cuando se manifestó un movimiento de retroceso entre los curiosos aglomerados en la plaza. Acababa de ocurrir un pequeño percance; se había roto una polea de hierro y era tal la fuerza de tirantez, que fué arrojada a una altura de más de diez y seis pies, y al caer hirió gravemente a un marinero. Se trajo una camilla y retiraron al marinero.

Abadie pidió dos horas para reparar este descabro. En tanto las músicas volvieron a tocar y la mayor parte de los curiosos se dispersaron para ir a tomar un bocadito. Circulaba ya el rumor que la columna no caería aquel día y la multitud manifestaba sin embargo su descontento.

Muchos acusaban a Abadie de estar en connivencia con los versalleses, y le hacían las más severas amenazas si no ejecutaba su proyecto.

No obstante, a las cinco y veinte minutos volvió maniobrar el cablestrante. En aquel momento el coronel Mayer, jefe de la plaza de Vendome, apareció en lo alto de la columna y agitó una pequeña bandera roja gritando: «¡Viva la municipalidad! Ató después la bandera a la balaustrada y bajó en medio de los aplausos de la multitud.

De pronto, con sorpresa de todos los espectadores, la vasta columna bambolee, se inclinó y cayó majestuosamente sobre la capa de paja y estiércol que se había preparado para recibirla. En su caída se rompió en varios pedazos con sordo estruendo. Con asombro general el choque fué insignificante; no se experimentó más conmoción que la que hubiera causado la caída de un carro pesadamente cargado.

Alzaronse nubes de polvo procedentes de los restos de la mampostería, y al mismo tiempo la multitud lanzó gritos de «¡Viva la Municipalidad!» las músicas tocaron la *Marsellesa*, y cuando se desvaneció el polvo, se pudo ver la gloriosa columna tendida sobre la capa de estiércol y paja y rota en casi toda su longitud. La estatua del emperador había caído a algunos pasos del extremo de la columna, y se había agullado su testa en la caída.

Inmediatamente la multitud se precipitó en la plaza para repartirse los restos del monumento mutilado. Los guardias de servicio no podían contener aquel movimiento, que en un instante tomó un carácter muy distinto.

El coronel Mayer había subido al pedestal vacío y agitaba frenéticamente la bandera roja.

Algunos oradores de la municipalidad se encaramaron sobre las ruinas de la columna y pronunciaron insensatos discursos, en que hablaron de la estatua, de la gloria militar y del emperador en términos injuriosos. Un guardia nacional le escupió en la cara, y otro le rompió la nariz a culatazos.

A las siete una clamorosa multitud rodeaba las ruinas, y se oían a cada instante gritos de «¡Viva la municipalidad!»

ULTIMA HORA.

Hemos tratado de averiguar el origen de los rumores que desde ayer han corrido acerca de la muerte del Sumo Pontífice, y desde luego podemos asegurar que el hecho es completamente falso. Lo único que se dice con referencia a noticias oficiales, es que Su Santidad se halla enfermo, pero que su indisposición, a Dios gracias, no es grave.

CONGRESO.

Abierta la sesión, y no habiendo quien hiciese preguntas se procedió a la discusión de las interpeleciones.

El general Contreras esplana la suya sobre el juramento exigido a los militares. Se queja de que fué tratado malamente en las Baleares por el capitán general de aquel distrito, y de que no era ni aun sa-

ludado por los oficiales cuando todavía el orador no había sido destituido de su empleo y de su carácter militar.

El general Serrano contesta con mucha suavidad al Sr. Contreras, y dice que no tiene conocimiento de esas faltas que él lamenta. Llama entre otras cosas general eminente al Sr. Contreras.

El Sr. Jove y Hevia habla sobre el mismo asunto con alguna latitud, y prueba la injusticia con que se exigió aquel juramento. Cita la ordenanza, haciendo ligeras aunque intencionadas alusiones a la fidelidad de los militares que le escuchan.

El general Serrano contesta al Sr. Jove y Hevia y empieza por decir que no se ha impuesto a los militares un acto religioso; que si esos militares quisieran prometer fidelidad y obediencia al rey sin juramento se les admitiría la promesa y no se les molestaria.

Dice que algunos defensores de los militares injuramentados están han extralimitado en sus defensas y por eso dos de ellos están encusados.

El Sr. Ocon ha interpelado al ministro de la Guerra sobre los excesos que el orador cree cometidos por alguna parte del ejército en Valencia durante la sublevación republicana de 1869.

El ministro de la Guerra defiende al ejército y niega que se cometiera exceso alguno.

El Sr. Sancho habla en el mismo sentido que el general Serrano.

Rectifican los oradores.

El Sr. Sicars desarrolla su interpeleción sobre el estado de las clases que cobran del Gobierno en Cataluña.

Censura que en Madrid se pague puntualmente a todo el mundo siendo una población improductiva, y se olvide a las provincias, que concurren poderosamente a sostener las cargas del Estado.

Defiende el sistema descentralizado con gran acierto.

El ministro de Hacienda le contesta con alguna extensión, entreteniéndose en esplanar ideas administrativas contrarias a las del Sr. Sicars.

TELEGRAMAS.

(DE LA TABLILLA DEL CONGRESO.)

VERSALLES, 27.—El encargado de Negocios de España al ministro de Estado:

«Se han quemado los talleres y estación del ferrocarril del Este, cuyo incendio se veía ayer desde aquí. Segun anunció a V. E. los insurrectos no ocupan más que Los Buttes, Chaumont y Belleville. Se sabe con seguridad que se ha salvado el señor Arzobispo de París.

VERSALLES, 27 (a la una y cincuenta y cinco minutos de la tarde, recibido a las cuatro y veintiseis minutos de la tarde).—El ministro de Negocios extranjeros al representante de Francia en Madrid.

La resistencia que encuentran nuestras tropas demuestra que los malvados de todos los países que se han citado para nuestra desgracia capital, luchan con la energía de la desesperación. Ningun obstáculo, sin embargo, detiene el arroj de nuestros soldados, y al deseo de economizar su sangre debe atribuir

Dice El Correo Militar:

«Nos escriben de Puerto-Rico que el teniente don Luis Lopez Ballesteros ha sido ascendido al empleo de capitán con destino al batallón de infantería de Cádiz de guarnición en Ponce.»

Suponemos que esta recompensa habrá sido otorgada para remunerar servicios prestados por el general Sr. Lopez Ballesteros, padre del agraciado. Decimos esto, porque no conocemos ningún hecho particular que al hijo le haga acreedor a dicha recompensa.

Fue promovido a alférez por gracia especial hace unos ocho años; poco después fue destinado al ejército de Puerto-Rico de teniente; obtuvo el grado de capitán por la gracia general, y el empleo de capitán por particular gracia.

Seguimos a este paso el novel oficial, será posible que con tantas gracias se ponga pronto la faja de su señor padre, antes de heredarlo.

Así progresa la revolución.

Las fuerzas navales para las atenciones generales del Estado, según el proyecto leído ayer al Congreso por el ministro de Marina y que ha de sostener el Estado en la península, serán:

Buques blindados.—Dos fragatas de 23 cañones y 1000 caballos, armadas por doce meses.

Otra ídem con 21 y 800 caballos por ídem en situación especial.

Buques de hélice.—Dos fragatas con 43 cañones y 800 caballos, armadas por doce meses.

Otra con 32 y 600 caballos.

Otra con 33 y 600 caballos.

Otra ídem con 48 y 800, armada por seis meses y en situación especial.

Dos corbetas con 3 cañones y 430 caballos, por doce meses.

Siete goletas de 80 caballos y 2 cañones, por doce meses.

Buques de ruedas.—Dos vapores de 14 cañones y 500 caballos, por doce meses, como buques de segunda clase.

Tres de 6 cañones y 350 caballos, por doce meses, como de tercera clase.

Dos de 2 cañones y 200 caballos.

Tres de 2 y 120 caballos.

Uno de 120 caballos, destinado a trabajos hidrográficos.

Buques-escuelas.—Una fragata de 21 cañones y 360 caballos, para guardias-marinas.

Otra para aspirantes de marina.

Otra de vela para cabos de cañón.

Otra corbeta-escuela de aprendices marineros y un bergantín para id.

Buques transportes.—Un vapor de 300 caballos y un místico.

Además de estas fuerzas se destinan al resguardo y policía de las costas, dos faluchos de segunda clase con dos cañones, 72 escampavías, seis lanchas y un pontón.

Para la dotación de dichos buques se destinan 6,800 marineros y 3,470 soldados de infantería de marina.

Según nuestras noticias, la economía pasa de un millón de reales con relación al presupuesto anterior.

Según un diario noticiero, el Sr. Ruiz Zorrilla padeció el martes una ligera recaída; y a pesar de que anteaer mejoró visiblemente, los facultativos convienen en que no podrá ponerse en camino hasta dentro de cuatro o cinco días.

Leemos en un periódico:

«Las monturas y correajes del cuerpo privilegiado de guardias cuestan 540 rs. por individuo.

Es decir, que la sección de caballería consume por el pronto al Estado, en correajes solo, 54,000 rs., que agregando lo que próximamente vendrá a costar el corraje de la infantería, bien puede decirse que la nación tendrá que pagar en junto, por este concepto exclusivo, 84,000 rs.

Estas cosas ocupan hoy la atención del Gobierno de España.»

Dice La Correspondencia que el general Milans del Bosch ha salido para asuntos del servicio a las ferias de Baza y algún otro punto de Andalucía con objeto de comprar caballos.

Con este motivo observa un periódico que hasta ahora habían corrido con este cargo los coroneles de los cuerpos de caballería.

Dice un diario noticiero que la comisión inspectora de la Deuda, compuesta de los diputados señores Ardanaz, presidente; Pi y Margall, Prieto Gaudes, Herrero (D. Sabino) y Albareda, acaba de presentar al Congreso una Memoria muy curiosa y llena de datos, en la cual se lamenta de las malas condiciones del edificio en que se hallan las oficinas de la Deuda y de la lentitud con que marchan los proce-

dos sobre doble capitalización de los cupones de la antigua renta consolidada y de la falta advertida en 1862 de varias carpetas, cupones y títulos de la misma renta, sin duda por la aglomeración de causas en los juzgados ordinarios de Madrid. La comisión, añade, desea que sean castigados los culpables, y propone medios para remediar en lo posible los abusos.

En estos tiempos son bastante frecuentes descubrimientos de este linaje.

Dice La Correspondencia, que se ha hablado de una cuestión pendiente entre dos periodistas radicales.

Según noticias de El Eco de España, no son exactas las que han circulado respecto de la desaparición de dos periódicos y el cambio de conducta de otro, y cuyos tres diarios se han considerado desde hace tiempo como montpensieristas.

Lo que crea cierto en este asunto, es que La Opinión Nacional tal vez deje de publicarse por razones más financieras que políticas; que Las Novelas reducen su tamaño por motivos económicos, pero que seguirá en la misma línea política que hasta aquí; y que La Política continuará por el camino que hace tiempo tiene emprendido.

Leemos en El Oriente, de Sevilla:

«Ya están dorados algunos de los soberbios sillones que han de adornar la sala regia del excelentísimo Ayuntamiento, y se han tomado las medidas de la alfombra, para que el día del Corpus pueda admirar este pueblo pacientemente aquel héroe desafiador. Dicen, y no nos atrevemos a creerlo, que las paredes del democrático despacho van a ser tapizadas de damasco de seda, y los que tienen interés en ver terminada esta obra inmortalizadora sienten que cuando se estrene no pueda presentarse concluida porque no alcanza el tiempo para terminar la pintura del techo. Aconsejamos al encargado de este trabajo artístico, que coloque entre las figuras algunos maestros de escuela con la boca abierta, mirando a los administradores de los sacrificios del pueblo. Tampoco estaría mal que se trajese del tintero del salón el retrato de D. Amadeo que preside las sesiones de los diputados provinciales, porque parece más natural que este cuadro ocupe un sitio en el ayuntamiento militar que en la diputación republicana. ¡Cosa rara! ni en la Audiencia, ni en el Ayuntamiento, ni en la Universidad, ni en los demás edificios públicos, que nosotros sabemos, luce la vera efigie de D. Amadeo, y sin embargo, se obtiene aragante en medio de los jefes del federalismo sevillano.»

Según El Imparcial, en la sesión celebrada anoche por el Ayuntamiento, presentó una proposición el concejal Sr. Lopez Santiso; pidiendo que el municipio dimitiera en masa, vista la imposibilidad de vencer las dificultades económicas en que se halla envuelto. Impugnada por el alcalde popular señor Galdo, dicha proposición fue desechada por unanimidad.

Ha sido autorizado el teniente general D. José Ramón Mackenna, capitán general que ha sido de Andalucía, para fijar su residencia en esta corte en situación de cuartel.

Según dicen de Valladolid, parece que los acogidos en el Hospital provincial se aborotaron en la noche del miércoles último, maltratando a uno de los empleados del establecimiento.

El Porvenir publica las siguientes líneas:

«Se dice que un señor diputado va a pedir a la Cámara varios expedientes de empleados licenciados de presidio y procesados por estafa y defraudación.»

«¡Empleados licenciados de presidio! ¡Cuándo se ha visto esto en España!»

Ayer recibimos por la vía de Nueva-York el siguiente despacho de Cuba:

«HABANA, 9 de Mayo.—Los insurrectos trataron de capturar o matar a Balmaseda en Cauto del Embarcadero, a su vuelta de Manzanillo, acompañado solamente de unos pocos ayudantes. Los insurrectos intentaron sorprender primero un destacamento español de 25 hombres, atrincherado en la boca del Cauto. El teniente que mandaba la fuerza los vio venir y comprendió el objeto. Los dejó aproximarse a su posición, y cuando estuvieron cerca, la tropa hizo algunas descargas y mató más de cincuenta rebeldes. El resto se retiró. Frustrado su intento de tomar el puesto, abandonaron el plan de capturar a Balmaseda, el cual llegó poco después en un pequeño vapor. El teniente fue ascendido a capitán.

La barca Charlena fue encallada en Punta de Pie-

dras porque hacía agua. Se perdió parte de la carga de azúcar que llevaba.»

Dice La Correspondencia que se cree que el señor Orens no ocupará por ahora su asiento en el Congreso. «Verdad es, añade, que tiene que ausentarse dentro de pocos días.»

La minoría republicana continuará asistiendo al Congreso. Así lo acordaron por fin anteayer, tras larga discusión por 17 votos contra 45, a pesar de la enérgica actitud del Sr. Castelar que a todo trance estaba decidido a no ocupar su asiento en la Cámara. El Sr. Figueras, según dice un periódico, parece que también estaba decidido a abandonar la vida política.

La comisión que ha de dar dictámenes sobre el suplicatorio para procesar al diputado por Oviedo, señor Gonzalez Alegre, se ha constituido ayer eligiendo presidente al Sr. Alvarez Taladriz y secretario al Sr. Muñoz Vargas.

Dícese que algunos republicanos piensan protestar contra los crímenes cometidos en París, y contra sus perpetradores.

Se ha concedido el retiro provisional al coronel D. José Belda, al teniente coronel D. Miguel Anton Pacheco, y a los comandantes D. Francisco Garriga, D. Pedro Diaz Fernandez y D. Francisco Armella, todos procedentes del arma de infantería.

En un periódico de provincias leemos el siguiente interesante suelo:

«La forma inusitada con que ha sido declarado cesante el director general de bienes nacionales, hace presumir fundadamente que algo grave ocurre en ese centro.

Con este motivo pregunta un periódico:

«¿Es verdad que en la provincia de Albacete se ha vendido una finca por 19,000 reales, que el comprador la ha arrendado luego por 6,000 duros al año?»

«Es cierto que la tal finca apareció en la subasta con 900 fanegas, y que de la medición real y positiva resultan 2,000?»

«¿Cuándo dejarán los periódicos independientes de hacer preguntas de este linaje, sin respuesta?»

La Igualdad da cuenta de un espantoso crimen que el domingo anterior se cometió en Navarrejo, sin que se haya encontrado a los criminales.

El guarda de la presa del referido pueblo, la mujer de dicho guarda y sus hijos han sido asesinados.

Parece increíble que en España se satisfagan tan crecidas sumas con destino a los encargados de velar por la seguridad individual.

Del estado que publica la Gaceta relativo al movimiento de la deuda flotante del Tesoro, resulta que esta ascendía en 1.º de Abril próximo pasado a 164,993,193 pesetas, habiendo tenido durante el mes un aumento de 25,762,208, y una disminución de 10,607,591. El día 1.º de Mayo importaba, por lo tanto, 180,147,810.

Los billetes del Tesoro figuran en el estado a que nos referimos por 54,010,125 pesetas, producto de la suscripción realizada, y a 931,450 por cantidades emitidas con arreglo a las leyes de 8 de Junio y 28 de Diciembre de 1870. Esta cifra debe haberse elevado mucho en el mes actual a consecuencia de los atrasos satisfechos en billetes al Clero, a los contratistas de obras públicas y a otros acreedores del Estado que se hallaban en descubierto.

Leemos en El Universal:

«Esta mañana han sido llamados al juzgado del Congreso los dueños de establecimientos tipográficos de Madrid, con objeto de prestar declaración acerca de una hoja clandestina repartida con profusión y suscrita por el Sr. Guisasa. Ninguno de los que han concurrido ha podido manifestar el establecimiento en que dicha hoja ha podido imprimirse, por lo cual se supone con bastante fundamento que proceda de alguna imprenta extranjera. La hoja en cuestión es una federal distribida contra la situación.»

Los republicanos federales de Valencia, en la noche del 21 de Mayo, dirigieron la siguiente comunicación a los Sres. Barberá y Feliu:

«Los republicanos federales que en la noche del 21 del actual se reunieron en el Centro propagandista, acordaron unánimemente hacer entender a los ciudadanos Barberá y Feliu, nombrados representantes para la Asamblea federal por esta provincia, haber visto con profundo disgusto como estos representan-

tes han abandonado sus puestos en la Asamblea, presentándose inopinadamente en Valencia, precisamente en los momentos en que peligra la libertad; excitándose a que por el medio que más les plazca, expliquen su conducta al partido, para que este juzgue y proceda en su consecuencia.

Lo que se os comunica para vuestro conocimiento. Salud y república federal. Valencia, etc. Siguen las firmas del presidente y secretario de dicho centro.—Ciudadanos...»

De aquí a una excomunión federal no media más que un paso.

No pueden leerse sin sentir el hervor de la sangre en las venas las siguientes líneas que publica El Oriente de Sevilla:

«Uno de los días en que estuvo el Jubileo circular últimamente en la iglesia del Espíritu Santo, se acercó al acólito que pedía, un infame disfrazado de persona decente, y entregándole una moneda de cinco duros le dijo que le devolviera cuatro y se quedase con veinte reales. El muchacho se acercó al torno y puso la moneda para que las pobres religiosas le diesen la vuelta. Entre varias de estas se reunieron los 80 rs. que llevó el monaguillo al caballero de industria, y cuando quisieron las monjas disponer de los cinco duros se encontraron con que la moneda era falsa.

Este es el último límite a donde puede llegar la maldad.

El Norte de Gerona inserta una carta de San Martín de Llénana, en que se le da cuenta de una visita que hizo a aquella población e inmediatamente el sargento de la Guardia civil del puesto de Amer en busca de armas, conforme a la orden superior que en su poder obraba.

«Se preparó, añade, una trampita a aquella sencilla gente, dándole a entender que todo se reducía a saber quién deseaba obtener licencia de uso de arma, y que no temieran, porque se les concedería. Esto pasaba el día 9 del corriente, y el 19 tenía ya el señor alcalde de allá un oficio del señor gobernador, previniéndole que mandase inmediatamente al gobierno civil las escopetas incautadas con tan malas mañas, e impusiese a sus dueños la multa de 10 pesetas.»

Además de los arduos militares, ¿tenemos también arduos civiles?

PARTE OFICIAL.

La Gaceta de hoy publica un decreto del ministerio de Fomento, en que se declara libre el ejercicio de la profesión de maestro de obras y aparejador, conservándose su derecho a los que actualmente poseen título oficial de esta carrera, a ocupar los destinos retribuidos de fondos generales, provinciales o municipales correspondientes a su clase, de declarar en juicio y proyectar y dirigir obras con arreglo a las prescripciones actualmente vigentes.

NOTICIAS GENERALES.

Esta tarde se cantará la solemne salve a la Virgen de la Salud en la parroquia de Santiago, y mañana domingo celebra esta congregación su fiesta principal, asistiendo a la salve el Ilmo. señor Obispo de Cuenca, y para la reserva el domingo el ilustrísimo señor Obispo de Tarazona. Como todos los años, esta congregación socorre a sesenta pobres, además de llevar la comida al hospital. La procesion, con la imagen de Nuestra Señora, saldrá el lunes a las nueve de la mañana por las calles de Santiago, Milaneses, Mayor, Fuentes, San Bernardo, al hospital; volviendo por la de San Dimas, Noviciado, Amaniel, Reyes, Bailén, Requena, a su iglesia.

Mañana, a pesar de ser domingo, satisfará la Caja general de Depósitos los intereses por carreteras de Marzo y Abril, a cuyo efecto pueden presentarse en dicho día las carpetas señaladas con los números 94 al 144 inclusive.

Ya parece se están adoptando todas las disposiciones necesarias para que el día 1.º de Julio próximo quede establecida de nuevo la contribucion de consumos. En Madrid, como se ha derribado una parte de la pared que cercaba la población, parece será más costosa que antes la administracion de este ramo.

El temporal que tuvimos anteaer en Madrid ha sido general, no solo en esta, sino en casi todas las provincias de España, y puede decirse que ha acabado de asegurar una gran cosecha; mas a pesar de esto, el precio del pan y de otros comestibles no baja como debiera, siendo así que si hubiera continuado la sequía ya se habría subido, según anunciaban los especuladores. Este sistema de comercio sin restricciones de ninguna clase es una verdadera calamidad.

Según un dice un periódico en Montevideo era esperado el vapor en que se suponía llegaría el señor Guisasa y salieran muchas personas a recibirle, pero se vieron contrariados por la inesperada detención en Burdeos.

Parece que en la plantilla de la direccion general del arma de caballería se han suprimido dos plazas de tenientes, creando en su defecto una de capitán, para la que ha sido nombrado D. Ramon Colchero.

Las últimas noticias de Buenos Aires anuncian que los estragos de la peste son terribles en aquel país, habiendo bajado la población a unas 70,000 almas desde más de 300,000, y que continúan falleciendo de 500 a 800 personas diarias. El Gobierno nacional y provincial habían abandonado la capital, y el propietario de La Tribuna de Buenos Aires es el verdadero jefe de la autoridad en estos momentos.

Son prodigiosos los esfuerzos que hace el país en Montevideo para auxiliar a sus vecinos de Buenos Aires. Las suscripciones públicas deban grandes resultados.

El río Manzanares ha tenido desde anteaer una gran avenida, aumentándose en el día ayer.

La crecida del río Júcar ha producido una inundación en Alcala, que hasta ahora no se sabe haya ocasionado desgracia alguna personal, aunque los daños causados son de consideración.

La vía férrea había sido cortada por las aguas en la estación de Algemesi; pero las últimas noticias anuncian el decrecimiento del río, así como el Turia, que también había experimentado grande crecida.

Dice un periódico que se ha vendido en California por un millón de pesos, según asegura un periódico, una partida de huevos de gusanos de seda, llevada allí por unos comerciantes japoneses. La mercancía fue comprada por comerciantes franceses e italianos residentes en sus países, y la transacción se hizo por medio del telegrafo.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE ROY. San Juan, Papa y mártir.—Ayuno con abstinencia de carne.

SANTO DE MAÑANA. San Justo, Obispo.—Domingo de Pentecostés.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en el Oratorio del Espíritu Santo, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde ejercicios con sermon y reserva.

Termina la novena de Nuestra Señora de la Salud en la parroquia de Santiago, y predicará en la Misa mayor y en los ejercicios de la tarde D. Emilio Santa María.

También termina la novena de la Virgen de Gracia en su iglesia, y será orador por la mañana don José Vigier, y por la tarde D. Mariano Yagüe.

Termina la novena de Santa Rita de Cádiz en Santa Isabel, y predicará en la Misa mayor D. Antolin Monesillo, y por la tarde completas y reserva.

Concluye la novena de la Virgen del Socorro en la capilla del Monte de Piedad, y predicará en la Misa mayor D. Bernardino Quedido, y por la tarde en los ejercicios D. Victorio Medrano.

Continúa la novena de Nuestra Señora del Amor Hermoso en Santa Cruz, y será orador en la Misa el Padre Tornos y en los ejercicios D. Jaime Cardona.

Continúa también la novena de la Santísima Trinidad en la iglesia del Carmen Calzado, y predicará en la Misa mayor D. Mariano Payol y Anglada, y por la tarde en los ejercicios D. Isidro de la Fuente y Almazan.

En las parroquias habrá Misa cantada, y por la tarde ejercicios en los Servitas, Arrepentidas y Caballero de Gracia.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de la Misericordia en San Sebastian, ó la del Favor en San Cayetano.

SANTO DEL LUNES. San Maximino, Obispo.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en el oratorio del Espíritu Santo, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermon que predicará D. Clemente Castejon y por la tarde en los ejercicios D. Juan Bautista Vinader.

Continúa la novena de la Santísima Trinidad en el Carmen Calzado, y será orador en la Misa mayor el Padre Genaro Villagomez, y por la tarde D. Vicente Pastor.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de Monserrat en su iglesia, ó la de la Cabeza en San Ginés.

SECCION DE ANUNCIOS.

OBRAS SELECTAS DE AUTORES ESPAÑOLES.

OBRAS TERMINADAS Y EN VENTA

QUE SE SIRVEN ENCUADERNADAS A LA RUSTICA, FRANCO EL PORTE, A LOS SEÑORES QUE LO SOLICITEN Y A LOS PRECIOS MARCADOS.

Rs.		Rs.		Rs.	
	La Predicacion popular, por M. Dupan-		Cárlos VII el Restaurador, ó la cuestion		señores que manden de una vez el
	loup, Obispo de Orleans, que forma		española (folleto).....	3	importe de toda la obra a esta admi-
40	un grueso tomo.....		Relaciones de la vida y aventuras del		nistracion se les remitir por el pre-
	Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita		escudero Marcos de Obregon, escritas		cio de.....
8	por ella misma; un tomo de 384 pá-		por el maestro Vicente Espinel, pre-	32	Anatomía sinóptica.—Resumen comple-
	ginas en 8.º mayor.....		cedidas de su biografía; un tomo de		to de anatomía descriptiva del cuer-
8	Obras selectas de Fray Luis de Leon;		384 páginas.....	10	po humano, que comprende una
	un tomo de iguales dimensiones...		Retrato, biografía y discursos del ex-		explicacion sucinta de todas las apo-
8	pedro selecto, de D. Juan Ruiz de Alar-		diputado cartista D. Vicente Mante-		neurós, por J. N. Masse, doctor en
	con y Mendoza, precedido de su bio-		rola; un elegante volumen.....	5	medicina, profesor de anatomía, tra-
8	grafía; un tomo de 418 páginas en 8.º		Diccionario del diagnóstico, por D. E. J.		ducido al castellano; forma un boni-
	mayor.....		Wollner, traducido al castellano; consta		to volumen, y se vende franco el por-
8	Poesías selectas de Don Luis de Gón-		ta toda la obra de cuatro elegantes		te, a.....
	gora y Argote; un tomo de 368 pági-		tomos de 416 páginas cada uno en 8.º,	8	Biografía de Mendez Nuñez, con un
	nas.....		y se vende a 40 rs. cada tomo. A los	4	magnífico retrato del ilustre marino

Los pedidos de estas obras terminadas se harán directamente a D. Roque Labajos, calle de la Cabeza, 27, Madrid, acompañando su importe en libranzas ó sellos, ó por medio de nuestros corresponsales de provincias.

Los señores comisionados de provincias dirigen sus pedidos a nombre de D. Roque Labajos y Arenas, calle de la Cabeza, núm. 27, Madrid.

Nota. Los señores comisionados de provincias que hagan pedido de doce volúmenes por lo menos, y acompañen su importe, se les rebaja el 30 por 100 sobre los precios marcados.

AGUA Y POLVOS DENTRIFICOS DEL DOCTOR PIERRE.

PARIS, 16, BOULEVARD MONTMARTRE, PARIS.

En Madrid: por mayor, agencia franco-española, 31, calle del Sordo; por menor, a 16 y 24 rs., Sres. Borrell hermanos, Moño Miquel, Escobar, Sanchez Ocaña y Ortega.

LA BANDERA CARLISTA EN 1871

HISTORIA DEL DESARROLLO Y ORGANIZACION DEL PARTIDO.

BIOGRAFIAS Y RETRATOS DE LOS SENADORES Y DIPUTADOS CARLISTAS ELEGIDOS POR EL VOTO DE LA NACION, POR EL VIZCONDE DE LA ESPERANZA.

La obra va adornada con preciosas láminas litografiadas, con alegorías propias de la importancia del asunto, representando cada una un grupo de cuatro retratos de senadores y diputados del partido. Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas, al precio de un cuartillo de real en toda España, ó sean 48 páginas y una lámina, que a pesar de su crecido coste, será equivalente para los señores suscritores, a 16 páginas de texto.

La obra, que constará de un solo tomo, quedará terminada en tres meses próximamente, y su coste total no pasará de 30 a 40 rs.

El precio de cada cuaderno en toda España será DOS REALES, y van publicados algunos cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid. En la administracion de El PENSAMIENTO ESPAÑOL, calle de Pelayo, 38 y 40, principal, y en las librerías de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, calle de Pontejos; Tejado, calle del Arenal.

En Provincias puede hacerse la suscripcion por medio de nuestros comisionados, ó bien dirigiéndose al editor, D. Roque Labajos, calle de la Cabeza, 27, Madrid, acompañando el importe de cinco cuadernos, ó sean 10 rs., en sellos ó libranzas.

LEAU DENTIFRICE DES CORDILIERES

RECETA INDIA. Es la única que cura los dolores de muelas y las afecciones de la boca, su empleo diario y el de los FOLIOS DENTRIFICOS DE LAS CORDILIERES, precato y hace desaparecer para siempre los estragos de la caries. — Deposito 33, rue de Rivoli, a Paris. Havana, Sarra y Cia, drog. España. Precio, 10, 14 y 24 rs.— Por mayor, Agencia franco-española, Sordo, 31, Madrid; por menor, se foras Borrell.

PILDORAS DE PEPSINA DE HOGE

Depósitos en Madrid: farmacias de Simon, Moreno Miguel, Escobar, Sanchez Ocaña, Ortega y Just.—La Agencia franco-española, 31, calle del Sordo, sirv ellos pedidos. En provincias en todas las buenas farmacias. (A.—3-038)

Imprenta de El PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, a cargo de R. Labajos y Arenas.